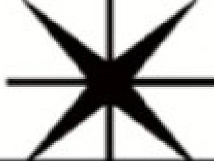


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

vic logan

OJOS DE MUERTE

OJOS DE MUERTE

VIC LOGAN

OJOS DE MUERTE

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51—53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 21.023 — 1969

Printed in Spain — Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 —
BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Las tres astronaves atacaron conjuntamente.

Los rayos atómicos, dirigidos a los puntos clave al chocar contra la materia, envolvieron al pequeño satélite en una masa compacta brillante, de color anaranjada.

Rick, jefe de la operación y comandante de la astronave piloto, cambió una mirada con su ayudante Somerset.

—Parece lava.

—El profesor Van Heusen siempre dijo que «eso» era volcánico.

—¡Un volcán flotando solo en el espacio! —replicó, asombrado, Rick.

—Sería prudente apartarnos; puede ser lava radioactiva. Según Van Heusen, la masa volcánica está producida por millones de partículas acumuladas en el transcurso de los años, lo cual ha ido formando el satélite.

—Un satélite extraño que nos impedía cruzar esa zona —murmuró Rick.

—Fíjate —indicó Somerset—. Se está desintegrando.

A través del amplio visor podía verse a lo lejos la masa de lava deformándose; luego, poco a poco, se fragmentaba en pequeñas porciones irregulares que iban difuminándose en el espacio.

Planetas lejanos iluminaban el cosmos, pero la resplandeciente luz del satélite absorbía toda la claridad con sus destellos cegadores.

A través de la radio, el piloto de la nave II pedía instrucciones.

—Aquí, «Destructor». ¿Seguimos atacando?

Rick respondió.

—Es suficiente por el momento. Nos mantendremos a la expectativa. Orden general de retroceder hasta punto K. Preparen teleobjetivo para no perder detalle.

Las tres naves viraron automáticamente, perdiéndose en la lejanía.

Desde su nuevo punto de observación, justo donde el mapa espacial marcaba la confluencia del cuadrante K, Rick observaba a través del visor teleobjetivo la evolución del satélite que seguía desintegrándose.

—Dentro de quince minutos habrá desaparecido —observó

Somerset.

—A esa velocidad, es posible —replicó Rick.

Cada vez el resplandor producido por la masa volcánica iba perdiendo más intensidad en su brillo.

A través del visor de la astronave, regulado a modo de potente telescopio, podían verse los últimos momentos de aquel satélite que durante mucho tiempo había sido la causa de considerables trastornos en los planes de investigación espacial.

—Ya casi no queda nada —comentó Somerset.

A través de la radio, «Destructor» preguntó:

—¿Podemos regresar?

—Sí. Creo que sí. Informaré a la base. Misión cumplida.

—Bien —replicó cortando, «Destructor».

A pesar de la potencia del teleobjetivo, ninguno de los ocupantes de las tres astronaves se habían percatado de que una de las partículas desprendidas del satélite parecía tener vida propia.

Era una pequeña masa anaranjada de dimensiones más simétricas que el resto, la cual se alejaba con un rumbo determinado.

Era un bólido. Un bólido que alguien tripulaba. Un vehículo espacial que había podido salvarse de la destrucción.

Nadie habría podido dar crédito a semejante hecho porque era difícil imaginar que ser humano alguno pudiera vivir en medio de una masa volcánica, a una temperatura tal vez superior a los quinientos grados centígrados.

Sin embargo, «alguien» había vivido allí. Alguien que se alejaba, escapando del ojo de los observadores.

* * *

Contemplando desde la tierra «Media Luna» semejaba una estrella más. Uno de tantos pequeños planetas que iluminan el firmamento en las noches claras.

Sin embargo, «Media Luna» era el primer satélite artificial que el hombre había colocado en la órbita de la tierra, con la particularidad de que giraba a su mismo compás, gracias a los acumuladores atómicos que mantenían constantemente la inercia.

«Media Luna» estaba aproximadamente a mitad de camino del planeta tierra al satélite Luna. De ahí derivaba su nombre.

La función principal del planeta era de estación intermedia para

los viajes interplanetarios a corta distancia, y además era la sede de un importante laboratorio de investigación espacial.

Su extensión venía a ser poco más o menos como la ciudad de París.

Para una persona del siglo XX, «Nuevo Estado» —nombre con que se denominaba la única ciudad de «Media Luna»—le habría parecido una ciudad corriente, proyectada cara al futuro.

Disponía de grandes avenidas y elevados edificios que se diferenciaban de los del pasado por su carencia total de ventanas.

Tampoco la ciudad estaba provista de jardines o parques públicos.

Las calles, a distinto nivel, permitían el raudo circular de unos coches conducidos automáticamente, y cuyo parabrisa era puramente decorativo, ya que el control humano no era necesario a excepción de improbables causas de fuerza mayor.

Hacia la parte oeste se extendían los grandes hangares y pistas de aterrizaje y despegue.

Los habitantes de «Nuevo Estado» entraban y salían de sus casas sin moverse del automóvil y era bastante extraño ver transeúntes por el exterior.

Rick, primer comandante de la base experimental y defensa espacial, institución conocida con las siglas B.E.D.E., se dirigía a su residencia, tras haber informado ampliamente de su misión.

Las células electrónicas funcionaron cuando su coche cruzó hacia la calzada lateral y la puerta metálica, invisible al ojo humano, se abrió; corriéndose a un lado dejó paso al auto que se adentró por la calle interior hasta el fondo.

Una vez el vehículo estuvo encima, la plataforma de ésta se elevó y, pasando a través de los distintos huecos que marcaban los pisos, se detuvo en el octavo.

Rick pulsó un botón y el coche se introdujo en el garaje contiguo.

—¿Estás ahí, Luisa? —preguntó.

Recorrió el amplio salón y se dirigió hacia el ala de la casa destinada a jardín.

A simple vista, aquello parecía estar instalado en el exterior. La luz parecía la misma que produce el sol. Procedía del techo de cristal y era cegadora.

Luisa, alta, esbelta, de unos veinticinco años, estaba aplicada a la

tarea de regar las plantas y el abundante y bien cuidado césped.

Al ver a Rick, sonrió.

—Hola, querido. Ya sé que todo ha ido bien.

—Las noticias vuelan —sonrió Rick.

—Van Heusen acaba de hablar por la televisión. ¿No has venido directamente de la base?

—No. El general nos reunió para hablarnos del nuevo proyecto de «Corta distancia».

—Sí. Ya oí hablar de él en la oficina. Creo que vendrá un ruso. Chokof. ¿No es así?

—Sí. Así es.

—Voy a trabajar con él.

—¿Cuándo lo han decidido?

—Chokof, al parecer, exige que la ayudante sea médico y han pedido al doctor Lara que prescinda de mí. ¿Qué quieres? No podía negarme.

—Siempre has trabajado como ayudante de Lara. Todo ha ido bien hasta ahora.

Luisa dejó la regadera e hizo intención de ir hacia el interior de la casa. Rick la siguió.

—Y seguirá bien, cariño. ¿Qué te preocupa?

—Me molesta que no se me haya consultado. Al fin y al cabo eres mi mujer.

Luisa sonrió.

—Anda, vamos a cenar.

Rick se volvió hacia el jardín.

—Dejas las plantas al «sol».

—¡Qué remedio! Está estropeado el contacto regulador. Ya he avisado al mecánico.

—No es necesario que avises a ningún mecánico. Yo mismo lo arreglaré —replicó él dirigiéndose hacia el fondo.

—Pensé que estarías cansado.

—Lo de hoy ha sido un paseo.

Rick cruzó una puerta, que como todas se abría automáticamente por mediación de células de control remoto.

Se hallaba en el interior de la estancia, ante el mecanismo de un silencioso motor.

Quitó la tapa y examinó las válvulas.

Estuvo manipulando durante unos minutos, luego volvió a colocar la tapa y regresó a la casa.

Su esposa había preparado la mesa.

—Ya está listo.

—¿Qué ocurría?

—Lo de siempre. La idea de conservar el calor y la luz del sol para utilizarla a voluntad fue una revolución, pero los fabricantes de acumuladores no se han preocupado de perfeccionar el sistema de control y por eso se producen esos fallos.

La conversación siguió en términos domésticos más o menos intrascendentes.

Luego, tras la cena, Luisa corrió los paneles de la pared dejando al descubierto una pantalla gigante que ocupaba todo el entrepaño.

Pulsó el control remoto y James Cardiff, el presentador de la Primera Cadena de TV de «Nuevo Estado» apareció reflejado.

—Reduce el tamaño, Luisa, por favor.

Ella sonrió.

Pulsando un botón la pantalla quedó reducida a la equivalencia de unas cien pulgadas.

—Esto está mejor —comentó Rick.

James Cardiff comenzaba su emisión.

«En el año setenta, aproximadamente del siglo pasado —dijo el de la TV—, los viajes espaciales se enfrentaban con dos grandes problemas. El combustible y la velocidad.»

—Vaya un descubrimiento —comentó despectivamente Rick.

James Cardiff prosiguió:

«Por ejemplo, aun hallando el combustible idóneo, para recorrer los cuatro mil seiscientos cincuenta y dos millones de kilómetros que separan la tierra del planeta Neptuno, calculaban que eran necesarios treinta y un años de viaje para efectuar tal desplazamiento, a una velocidad media de unos ochenta y uno, ochenta y dos mil kilómetros por hora. Hoy, gracias a los modernos procedimientos, es posible llegar en breves minutos gracias a la conversión del cuerpo humano en millones de células fotoeléctricas, que al desintegrarse viajan a la velocidad de la luz para tomar cuerpo otra vez, llegados a su destino.»

Tras una pausa el locutor prosiguió:

«Este procedimiento, hoy por hoy, sólo se emplea para fines de

investigación debido al elevado coste. Por otra parte muchas personas son reacias al sistema. Para ello se hace necesario perfeccionar los actuales sistemas normales de desplazamiento llamado corto y descubrir nuevas zonas donde instalar otras estaciones intermedias. Para hablarnos de ello, el profesor Van Heusen ha venido a nuestros estudios.»

Van Heusen apareció en las pantallas.

Era un hombre, de unos cincuenta años, con ese aspecto distraído y ausente propio de muchos científicos entregados constantemente a sus pensamientos, en busca siempre de nuevas ideas...

Van Heusen, con su voz reposada y melodiosa, habló:

«Mejor que yo, podrá informarles mi colega ruso, el profesor Chokof, llegado para trabajar conjuntamente en el nuevo proyecto.»

La cámara se desplazó para buscar la figura del profesor, pero en la pantalla no apareció nadie.

La parte que debía ocupar el ruso estaba vacía.

El presentador James Cardiff mostraba su extrañeza.

—Un momento, señores; causas imprevistas han obligado al profesor Chokof a ausentarse. Interrumpimos un momento nuestra emisión.

Sin embargo, antes de que los técnicos cortaran el sonido del estudio pudo oírse la voz de Cardiff, que decía:

—No lo comprendo. Hace un momento estaba aquí... Es como si hubiese desaparecido.

Rick, desde su butaca, cambió una mirada con su esposa. Ésta preguntó:

—¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—No sé. Esos profesores tienen cosas raras. Pero en los estudios de la primera cadena no opinaban lo mismo. Cardiff insistía una y otra vez:

—Chokof estaba a mi lado. Le dejé solo unos instantes para ir a control.

El director preguntaba:

—¿Cuánto tiempo le dejó?

—Dos minutos, tres a lo sumo. No comprendo nada.

—Busquen a ese hombre.

—Pero... ¿dónde?

CAPÍTULO II

Boris Chokof, cincuenta años, pelo canoso, ojos grandes, profundos. No tiene ninguna cicatriz. Su altura es elevada. Metro ochenta o más.

El capitán del servicio de seguridad de la B.E.D.E. tomó nota de las señas que acababa de facilitarle el general.

Éste se dirigió inmediatamente hacia el director de los estudios, junto al que se encontraba Cardiff, el presentador.

—Bien, Señores. Mis hombres han buscado por todas las dependencias. Chokof no está aquí.

El capitán, desde el umbral, intervino:

—¿Algo más, señor?

—Nada. Dé la descripción a todos los coches patrulla. Que salgan helicópteros. Necesitamos encontrar a ese hombre.

—Sí, señor —replicó el capitán saliendo del despacho.

Cardiff intervino:

—Si hubiese salido le habrían visto, general.

El general Layton era hombre fornido, vigoroso, su aspecto era fiel reflejo de la recia personalidad de que estaba poseído. Duro y enérgico sabía contenerse y meditar las situaciones antes de emitir una opinión.

—Mi querido señor Cardiff, si usted opina que Chokof no ha salido del edificio, ¿puede indicarme a su juicio dónde se encuentra en estos momentos?

Cardiff cambió una mirada con el director de la emisora.

—La verdad es que... eso es precisamente lo incomprensible.

—Tratemos de razonar. Vuelva a indicarme dónde estaban el profesor y usted poco antes de que él desapareciera.

—Venga, general —indicó el locutor.

Pasaron al estudio.

Al fondo, dominada por dos cámaras situadas en ángulos distintos, había una mesita.

Cardiff indicó:

—El profesor Van Heusen estaba ahí —indicó la mesa—. Nosotros, Chokof y yo, a unos cuatro metros de distancia.

Cardiff se colocó en el lugar indicado.

—Veamos. Yo seré Chokof. ¿Dónde me coloco?

Cardiff le indicó el lado más próximo a la mesa.

El general Layton miró en torno suyo.

—Al fondo la mesa y una puerta.

—Comunica con el interior —informó Cardiff—, pero por ahí no pudo salir. Hubiese cruzado por las cámaras.

—Veamos el otro lado.

Al final había una cristalera que separaba a los técnicos de control y recepción de la imagen. Antes la sala se alargaba hacia el fondo para comunicar con otros estudios o «platos».

—Yo me dirigí hacia control —indicó el lugar.

El general miró a su espalda. Había una especie de biombo que ocultaba una salita.

—Es para cuando necesitamos ampliar el estudio.

—Pudo meterse ahí.

Layton adelantó. Al fondo había dos puertas.

—¿Dónde comunican?

—Una de ellas baja directamente al laboratorio. La otra comunica con una sala de espera y el departamento de servicios. Sus hombres ya han mirado esto. No tiene salida.

—¿Y el laboratorio?

—El laboratorio, sí; pero hay algunos empleados trabajando. Si Chokof hubiese bajado le habrían visto.

—Déjeme echar un vistazo.

Al final del pasillo que precedía a la puerta de entrada había una escalera que descendía.

—¿Es muy abajo?

—Hay tres sótanos. Distintos departamentos. Puede utilizar el ascensor del otro lado.

—No. Puesto que es el único lugar verosímil que pudo utilizar Chokof, bajaré a pie.

Al llegar a la primera planta el general pulsó la puerta.

—Está cerrada.

—Sí. Este laboratorio apenas se usa.

—¿Siempre está cerrada?

—Sí, señor.

—¿Quién tiene la llave?

El director venía detrás y se adelantó.

—Yo llevo una. ¿Quiere entrar?

—Hummm. Si siempre está cerrado, Chokof no pudo pasar a través de la puerta. Abra de todos modos.

El director obedeció.

Dentro estaba oscuro. Dio el conmutador de la luz y ante los ojos del general apareció una sala de grandes dimensiones con los elementos propios de un laboratorio de TV.

Al fondo se abrían puertas que comunicaban con los servicios. Un despacho interior, el ascensor y otra escalera con dos salidas.

—Hacia la parte de abajo —indicó el director— se llega a los otros laboratorios y hacia arriba al exterior por una salida lateral.

—Veamos esto.

Layton ascendió y se encontró ante un pequeño *hall* que comunicaba con la puerta laminada que se abría a la calle.

—No hay nadie…

—No, señor.

—¿Ni portero?

—Casi nunca se utiliza esa salida.

Bajaron al segundo laboratorio. Tampoco allí encontraron nada de particular.

Por fin, en el tercer subterráneo, el general prestó atención en la puerta contigua a la entrada.

—¿Esto qué es?

—Un pasadizo que va directamente a la salida de emergencia que hemos visto antes. La puerta está cerrada.

El general probó y, en efecto…, estaba cerrada, pero…

Casi por casualidad o quizá debido a su espíritu observador, Layton fijó la atención en un punto oscuro, insignificante, pero que destacaba sobre el laminado color aluminio de la puerta. Se inclinó para verlo mejor.

—¿Ha visto esto?

—Parece una mota —comentó el director.

—¿Alguien tiene una lupa?

—¿Una lupa? —la pregunta causó extrañeza.

—Sí, he dicho una lupa.

CAPÍTULO III

A través de la lupa lo que parecía una motita apareció como lo que realmente era.

—Un agujero. Perfectamente redondo.

—Es extraño. Esa plancha es resistente.

—Pero no a prueba del rayo Láser.

—¿El rayo Láser? —inquirió extrañado Cardiff.

—Si no ha sido el rayo Láser el que ha producido ese agujero de circunferencia no superior al milímetro, como ustedes pueden observar, ha de haber sido otra cosa de un poder de perforación igual o superior.

—Pero ¿quién...?

—Primero cabe preguntar por qué. Y creo que la explicación está al otro lado. ¡Vamos! Necesito ver lo que hay al otro lado de esa puerta.

—Espere, general. Tengo la llave —dijo el director.

—Apuesto a que no conseguirá abrir.

El director la introdujo en la cerradura.

—¡Cielos! Tiene razón. La cerradura está abierta, pero la puerta no cede.

—¿Hay algún pasador al otro lado?

—No. Nadie usa pasadores ya.

—Bien, vamos al otro lado.

Cruzaron el laboratorio hasta la parte opuesta y a través del pasillo se dirigieron al otro lado de la puerta.

No había nadie.

El general examinó la cerradura.

—Lo que me figuraba. El rayo Láser o lo que sea la ha hecho saltar.

—Y ¿por qué no se abre la puerta?

—Ahora veremos.

Utilizando la lupa siguió la apenas perceptible ranura.

—¿Qué busca? —preguntó Cardiff—. ¿Qué es lo que espera encontrar?

—A simple vista no se ve nada, pero, si es lo que yo imagino... Déjenme utilizar el telecomunicador

* * *

El general pulsó un botón y en seguida se iluminó la pantalla adjunta al telecomunicador.

Uno de los técnicos en electrónica de la B.E.D.E. apareció en la pantalla.

Desde su puesto podía ver a su vez la figura del general.

—¿Diga, señor?

—Necesito que alguien venga con un computador electrónico y un aparato K.

—¿Un aparato K, señor?

—Sí, no pierda tiempo.

* * *

Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando el técnico, tras manipular con un pequeño aparato acoplado como un imán a la puerta laminada, cortaba ésta por la mismísima ranura como si fuera un abrelatas.

—Esto es uranita galvanizada, ¿verdad? —preguntó.

La respuesta fue afirmativa.

—Creo que alguien ha soldado esa puerta.

El general asintió.

—Es lo que pensaba.

—Examinaré los bordes, pero no me cabe la menor duda de que la han soldado.

—¿Soldado? —preguntó incrédulo el director.

—Luego sabremos lo que han utilizado —siguió el técnico.

—Bien —cortó el general —. De momento no hay duda de que esa puerta ha sido abierta por el otro lado y luego la han soldado por éste, posiblemente para hacernos creer que no había salido nadie.

Cardiff intervino:

—¿Cree que Chokof salió por aquí?

—Estamos buscando a Chokof, ¿verdad?

—Pero cómo pudo… ¿Por qué lo haría?

—El cómo, el cuándo y el porqué lo sabremos cuando encontremos al profesor —replicó el general dirigiéndose hacia la salida.

—Nunca había ocurrido una cosa así —comentó el director.

—Tal vez —añadió Layton —no iba solo.

—¿Qué quiere decir? —intervino Cardiff.

—Pudieron obligarlo.

—¿Un secuestro?

—Es posible. Chokof es una autoridad en la materia para la que fue requerido. Tiene en su cabeza proyectos desconocidos para los vuelos a corta distancia.

—Pero... ¿Quién?

—¿Sabemos acaso lo que hay más allá de los planetas que hasta el momento hemos explorado? El volcán espacial constituía un serio hándicap para las investigaciones, y hasta hoy no ha podido ser destruido.

—Pero esto supondría una amenaza... ¿Cómo diría yo?

—Desconocida es la palabra.

Cardiff intervino:

—Hemos cortado la emisión. ¿Puedo informar?

—Sí, informe. Prevenga a la gente. Cualquier cosa sospechosa, persona, sombra, ruido, lo que sea, debe ser puesto inmediatamente en conocimiento de nuestra oficina.

—Sí, señor.

—A propósito. ¿Dónde esa Van Heusen?

—Se marchó antes de llegar usted. Dijo que tenía un montón de trabajo que no podía demorar.

El general no dijo más. Se dirigió directamente a su coche y, mientras se ponía en marcha, a través del telecomunicador, la figura del capitán del servicio de seguridad le informaba:

—Ni rastro de Chokof, señor.

—Está bien, capitán. Déjelo. Creo que todo sería inútil.

—¿Ha averiguado algo, señor?

—Sí. Averigüé por dónde salió el profesor, pero temo que ya nunca podremos encontrarle.

CAPÍTULO IV

Rick acabó de vestirse, colocándose la escafandra protectora.

El «Destructor piloto» estaba dispuesto para el vuelo. Somerset subió a la astronave.

Desde la entrada agitó la mano para saludar a Luisa.

La mujer sonrió.

—Cuídale bien.

El joven Somerset sonrió.

—Ya sabes que siempre te lo traigo entero. Rick tomó las manos de su mujer y las apretó suavemente.

—Hasta la vuelta.

El general, antes de que Rick subiera a la astronave, se acercó para recomendarle aparte:

—Abra bien los ojos, Rick.

—Sí, señor.

—Quiero todas las fotografías posibles del lugar que ocupaba el volcán espacial.

—Tendrá lo que desea.

Rick agitó la mano por última vez y entró en el aparato.

Somerset cerró la escotilla manipulando los mandos.

—Todo a punto, Rick.

—Contacto con la torre.

—Contacto establecido.

—Preparados para el despegue vertical.

De la torre llegó la voz:

—Propulsores dispuestos.

—Tiempo.

—Diez segundos. Cuando quiera, Rick.

—Ahora.

—Tiempo.

Las manecillas del cronómetro avanzaron.

Diez segundos más tarde, el encargado de la torre pulsaba una palanca al tiempo que Rick manipulaba el mando de elevación.

La nave salió propulsada, ascendiendo en línea vertical.

Veinte segundos más tarde, desde la estación interplanetaria, «Destructor piloto» y las dos naves gemelas que le acompañaban

eran tres puntitos insignificantes.

Pese a la velocidad escalofriante de aquel ascenso increíble, la estabilidad interior era perfecta.

Rick bajó su escafandra.

—Comprueba los estabilizadores —ordenó a su ayudante.

—Comprobados.

—Bien. Tenemos unos cinco minutos. Veamos el rumbo.

Somerset le mostró el mapa.

—Sí. Vamos bien.

Se sentó frente al transmisor.

—Aquí «Destructor piloto». ¿Novedades?

—Todo bien, Rick —respondió «Destructor II».

El tercero corroboró lo mismo.

Rick cerró la radio.

Somerset comprobaba las cámaras fotográficas controladas desde el tablero de mandos.

—¿Qué espera que encontremos, al viejo?

Rick miraba a través del visor, cuyo cristal había graduado hasta colocarlo en posición tele objetiva.

—Teme que la desaparición del profesor tenga algo que ver con la desintegración del volcán espacial.

—¿Algo que ver? Pero si aquello no era más que una masa compacta de lava.

—Sí. Eso creíamos...

Somerset se encogió de hombros.

—¿Qué relación puede tener lo uno con lo otro?

—Layton no ha sido muy explícito, pero pasó la noche reunido con Van Heusen y el doctor Lara.

—¿Te ha dicho algo Luisa?

—Pues, sí. Al parecer Lara y Van Heusen no estaban de acuerdo en sus teorías. El doctor ha estado efectuando unos estudios sobre la posible existencia de seres capaces de vivir en circunstancias totalmente antagónicas a las nuestras.

—¿Incluso en un volcán?

—Tal vez.

—No lo entiendo.

—Es sólo una teoría. Según Lara cualquier célula humana depositada, incluso en el sol, puede reproducirse alimentada por la

energía radioactiva y crecer tomando forma humana.

—Eso es monstruoso.

—Repito que es sólo una teoría.

—Pero esas células humanas...

—Amigo mío. Millones de ellas andan esparcidas por ahí. —Y Rick señaló el vasto cosmos que se extendía ante el visor.

—Es verdad —admitió Somerset—. Muchos compañeros han muerto en esos experimentos.

—Sus cuerpos desintegrados desaparecieron en el espacio. ¿Dónde están?

Tras un breve silencio y antes de que Somerset pudiera replicar, Rick señaló el infinito.

—Calculo que nos estamos acercando.

Somerset consultó el mapa y examinó el control de situación.

—Dos minutos.

—Prepara el analizador de atmósfera.

—Preparado.

—Atento al control.

—Faltan cinco minutos.

A través de una pantalla, Rick observaba los puntos luminosos que a medida que avanzaba la astronave iban extinguiéndose.

—Cuatro, tres...

—Aerofrenos preparados —ordenó Rick.

—Preparados —replicó su ayudante.

—Estabilizadores del exterior.

—Preparados. Un punto.

—Diez segundos —replicó Rick.

Las manecillas del cronómetro avanzaron de nuevo.

Al transcurrir los diez segundos, la astronave detuvo su vuelo, quedando pendiente en el espacio.

En el interior no se notaba la menor diferencia, como si la velocidad en el espacio no contara.

Somerset pulsó el botón que ponía en funcionamiento las cámaras fotográficas exteriores.

—Algo ocurre aquí. Esto no funciona.

—¿No lo habías comprobado?

—Sí. Y el disparador va correctamente.

—¿Qué es lo que no funciona? —inquirió Rick acercándose.

—Fíjate en el control de fotos. Da la sensación de que no haya película.

—¡Fantástico! ¿A quién se le ocurre dejar la máquina sin cargar?

—Pero si el general lo comprueba siempre personalmente —protestó Somerset.

Rick estableció comunicación con los otros.

—¿Algo nuevo?

—Aquí «Destructor III». Algo ocurre con las cámaras.

—Aquí pasa lo mismo… Veamos.

Puso el contacto con el II.

—Eh, Rick, las cámaras no funcionan.

—Esta noticia es vieja.

—Hay algo más.

—Venga, suéltalo.

—La transmisión no funciona.

—Yo te oigo perfectamente.

—Me refiero a la de la base. He perdido el control. Informa de ello.

—Ahora mismo. ¿Alguna otra «pega»?

—Creo que no.

Rick cerró, tratando de obtener comunicación con la base para informar.

Somerset le hizo una seña.

—He comprobado los analizadores de atmósfera.

—¿Qué hay?

—Radioactividad. Estamos sobre la zona del volcán.

—Bien. Es todo lo que podremos averiguar.

La voz del general sonó con claridad por la radio:

—¿Qué diablos ocurre allá arriba, Rick?

—Es lo que quisiera saber, señor. Las cámaras no funcionan. Y «Destructor II» se ha quedado sin contacto con la base.

—Desde aquí, podemos seguirles. Van Heusen tiene ante su pantalla a «Destructor II» y Lara observa el tercero. ¡Espere!

Rick cambió una mirada con Somerset. Éste señaló los estabilizadores.

—La radioactividad sigue en aumento.

Rick no replicó. Toda su atención estaba puesta en la voz del general, que volvía a escucharse a través de la radio:

—Lara quiere saber si hay radioactividad en la atmósfera.
—Sí, señor. En aumento.
—Está bien, regresen. Si no hay fotos nada tienen que hacer ahí.
—A la orden, señor. Corto.

* * *

Desde el control, el general fue hacia la pantalla por la que observaba Van Heusen.
—¿Sigue sin comunicación?
El profesor observaba atentamente al «Destructor II», que tenía enfocado en primer plano y a través del visor de la astronave podía ver a sus dos ocupantes.
—Sí. Algo se ha estropeado.
—¿Pueden oírle ellos?
—No. Lo he intentado.
—Bien. No creo que ocurra nada. He ordenado que vuelvan.
Luego se dirigió al doctor Lara.
—¿Todo normal en el «Destructor III»?
—Sí, Layton; todo normal.
—Lo extraño es lo de las cámaras. Anoche yo mismo las comprobé. Pero debí haberlo hecho de nuevo esta mañana.

* * *

—¿Puedes oírme, «Destructor II»? —preguntó Rick
—Perfectamente.
—De acuerdo. Misión terminada. Regresamos.
—Está bien.
Todo estaba dispuesto para virar y emprender de nuevo la marcha, pero de nuevo algo salía mal.
Era el «Destructor II». Seguía inmóvil y perdía estabilidad.
—¿Qué diablos le ocurre ahora? —preguntó Somerset.
—No lo sé, pero no me gusta.
—¡Regan! —llamó Rick por radio —. ¿Qué te pasa?
—Aquí no hay nada que responda. Los controles se han paralizado.
—Estás perdiendo altura. Utiliza el estabilizador.
—Ya lo intento, pero no funciona.

—Escucha, Regan, no pierdas la calma.

—¿Quién pierde la calma? —protestó el piloto.

—Rick replicó:

—Escucha atentamente. Si pierdes altura, significa que el aparato funciona como si estuvieras en la atmósfera. De lo contrario flotaría.

—Ya lo sé. Eso indica que las bombas de oxígeno actúan.

—Exacto. Utiliza el oxígeno para propulsar la nave.

—Si lo hago me quedaré sin.

—Guárdate sólo lo suficiente para respirar.

—Hay otro sistema, Rick.

—¿Cuál?

—Soltar los cohetes de emergencia.

—No te dará tiempo de controlar la nave. Si los mandos no funcionan, puedes encontrarte al doble de distancia de la estación antes de que te des cuenta. Hazme caso. El oxígeno es mejor y no perdamos más tiempo.

Tras un breve silencio, en el que Rick y Somerset se mantenían a la expectativa, la astronave averiada seguía sin moverse.

Rick volvió a establecer contacto.

—¿Qué pasa con ese oxígeno, Regan?

—No lo sé.

—Está bien, si no hay más remedio utiliza los cohetes.

—Es lo que voy a hacer.

A través del visor Rick podía ver la astronave.

Somerset preguntó:

—¿Crees que conseguirá llegar?

—Regan es veterano. Esperemos que sí.

—Rick —se oyó de nuevo la voz de Regan—. La palanca funciona. Vamos a salir de aquí.

—Suerte.

La mano de Regan puso la palanca a «Cero». Bastaba apretar para que los dos cohetes propulsores impulsaran la nave.

Bajo la mano y…

Desde el interior de la astronave, Rick no pudo escuchar la terrible explosión, pero sí ver cómo el vehículo espacial, hasta entonces conocido como «Destructor II», volaba en pequeños fragmentos.

Somerset contemplaba el espectáculo con los ojos a punto de

salirse de sus cuencas.

En pocos segundos no quedó el menor rastro de la astronave.

Los dos hombres se miraron consternados.

—Vámonos de aquí —exclamó Rick—. Ya nada podemos hacer.

CAPÍTULO V

El informe de los peritos era sencillo.

Los muelles de las cámaras se habían aflojado. Por tal circunstancia ninguna de las tres cámaras especiales instaladas en cada una de las astronaves había funcionado.

—¡Todos los muelles a la vez! Esto no es lógico —bramó Layton.

Van Heusen intervino persuasivo:

—Mire, general. Las cámaras son aparatos de óptica de alta precisión.

—Lo sé, lo sé...

—Cualquier golpe puede producir la ruptura.

—No era ruptura.

—Es lo mismo. Quizá la presión exterior, el mismo aire que producen los vehículos, distensionó los muelles.

—Eso significaría que las cámaras no estaban perfectamente ajustadas y hasta ahora habían funcionado bien.

—Éste es un fallo sin importancia —replicó Lara también presente en la reunión —. Lo lamentable es lo de Regan y su ayudante.

—Primero Chokof —murmuró Layton —. Ahora Regan. No soy supersticioso, pero presiento algo...

—En un año que llevo aquí nunca le había visto tan pesimista, general —comentó el profesor—. En fin..., si no me necesitan.

—No, no. Puede volver al laboratorio —asintió Layton.

Lara se levantó y cambió Una mirada con Luisa, siempre al lado del médico en horas de trabajo.

Dirigióse al general antes de abandonar la pequeña sala de reuniones.

—Si hay alguien que provoca esto, lo descubriremos.

—Los servicios de defensa vigilan todo el edificio. Las centrales y los laboratorios también están sujetos a vigilancia. Sin embargo, no hemos podido evitar que ocurra todo esto.

—Si «alguien» de fuera está en esta estación acabará delatándose a sí mismo.

—¿Cómo?

—Si mi teoría fuese cierta...

—¿Células reproducidas? —inquirió el general arqueando las cejas.

—Un hombre de esta especie necesitaría un régimen de alimentación distinto al nuestro. Tal vez no encontrara lo adecuado para subsistir en nuestro ambiente. No ya climatológicamente, sino fisiológicamente.

—¿Qué podría necesitar un hombre de esa clase?

—No lo sé, pero hay algo que...

—Hable, doctor...

—No estoy seguro aún. Si me permite...

—Está bien. Si logra averiguar algo,' por descabellado que le parezca, comuníquemelo. Seguiremos todas las pistas.

* * *

El doctor Lara se sentó pensativamente ante su mesa de trabajo. Luisa le observó en silencio.

—Supongo que no puedo ayudarle en nada, ¿verdad, doctor?

—No, Luisa, gracias. Puede irse. Es tarde.

—Buenas noches, doctor.

Se dirigió hacia el vestidor para quitarse la bata impermeable.

Encendió la luz por el procedimiento habitual, o sea acercar la mano a la diminuta lámpara piloto adosada a la pared.

Tuvo que intentarlo dos veces.

Para apagarla tampoco el control funcionó a la perfección.

Volvió al despacho y tomó unas notas. Lara levantó la mirada.

—Creí que ya se había ido.

—La luz del vestidor debe de estar averiada. Tomo nota para avisar mañana.

—¡Ah! Está bien.

—Debe de ser cuestión de la conducción eléctrica. Recuerdo que la otra vez... ¡Oh, perdone, le estoy molestando!

—No, no. Buenas noches, Luisa... —Lara quedó en su misma actitud pensativa repitiendo—: La luz, la conducción eléctrica, ¡hummm!

De pronto, sin embargo, su rostro experimentó un cambio.

—¡Luisa!

Desde el umbral la joven se volvió.

—¡La conducción eléctrica! Usted lo ha dicho.

—No comprendo...

—No me haga caso, pero a veces una palabra... Algo dicho sin mayor trascendencia puede ser la clave de algo importante.

—Se refiere a...

—Luisa. Usted es médico.

—Sí, doctor.

—¿Cuál es el combustible imprescindible para el cuerpo humano? No emplee tecnicismos.

Luisa sonrió extrañada.

—Los alimentos y el agua.

—Exacto. Sin alimentos un cuerpo puede aguantar una cantidad indeterminada de días. Cuatro, una semana, tal vez más; pero, indefectiblemente, perecerá de inanición. Sin agua, aguantaría todavía menos.

—Eso es...

—Ahora pensemos en un cuerpo distinto. Un cuerpo habituado a la radioactividad, a las radiaciones ultravioletas, tal vez a las tormentas espaciales. ¿Qué necesitará ese cuerpo para su sustento?

—No sé... Posiblemente los mismos ingredientes de que se compone.

—Electricidad. Ésa es la palabra. Lo más vulgar, lo más elemental. A falta de nada mejor, las corrientes eléctricas producirían en el sujeto el mismo efecto que un hombre al ingerir las calorías necesarias para la subsistencia.

—Es posible...

—Quizás ese ser no exista, Luisa. Quizá mi idea no ha dado completamente en la diana, pero cabe en lo posible; y si mi teoría es cierta..., si un sujeto de esta índole puede existir, ya sabemos cómo y de qué necesita alimentarse.

* * *

—Prácticamente podríamos llamarlo un hombre eléctrico —concluyó Luisa.

Rick, que había escuchado en silencio, replicó:

—Pero esto no explica el porqué la astronave de Regan estalló. No concuerda.

—Si se supiera exactamente lo ocurrido al profesor Chokof, tal vez encontraríamos la respuesta —terció ella.

—Lo del doctor Chokof es, en verdad, un misterio. Pero ¿qué relación puede tener con el otro accidente?

—Ignoramos el poder de este presunto sujeto.

—Suponiendo que exista.

—Chokof no desapareció solo.

—No. Pero el general tampoco se muestra demasiado explícito.

—No acaba de aceptar la teoría de Lara, pero tampoco la desdeña.

Rick se levantó y dio unos pasos por la estancia.

—Supongamos que exista ese hombre, surgido del volcán espacial o de cualquier otra parte. Sigamos suponiendo que sea un ser con espíritu destructor, no importan ahora las causas ni los motivos. Pues bien, ¿dónde está? ¿Qué armas emplea para ello?

Luisa guardó silencio. Rick siguió:

—Posee un rayo Láser, quizás un soplete electrónico. Con ello apareció misteriosamente, raptó a Chokof y desapareció; pero ¿y la astronave? ¿Cómo pudo hacerla estallar?

—Los cohetes.

—Los cohetes son propulsores. No son bombas.

—Pudo colocar un artefacto.

—¿Cómo, Luisa? El campo está vigilado. Los hangares perfectamente controlados. Sólo puede entrar el personal de servicio con pases especiales. Y no vamos a dudar del personal, aparte de que estamos hablando de una persona que en todo caso sería recién llegada. No hay posibilidad física ni humana de entrar en las instalaciones.

—Ojalá todo se descubra pronto, Rick. De lo contrario cada vez que subirás a una astronave estaré sufriendo.

—Y yo sufriré por ti al dejarte sola, con un sujeto de mente criminal suelto e impune.

* * *

No. No era frecuente ver transeúntes en la calle; sin embargo, aquel hombre o era forastero o había tenido alguna avería en su coche, porque cruzaba a pie por la solitaria avenida.

Era un hombre de pelo rubio, casi rapado, de facciones rojizas. Su edad era incalculable. Lo mismo podían echársele diez años más o menos. Por lo demás nada sobresalía en él.

Parecía desorientado.

Cruzó la amplia calzada en dirección a una calle transversal, más estrecha.

Fue entonces cuando el auto salió precipitadamente de la esquina echándosele materialmente encima.

El conductor del coche pulsó el freno automático, pero ya era demasiado tarde.

El hombre fue lanzado hacia un lado y quedó inmóvil en el suelo.

El conductor se acercó rápidamente al herido.

—¿A quién se le ocurre…? —empezó.

Se detuvo cerca del hombre. Tenía dos heridas profundas en la cabeza y permanecía inconsciente.

El conductor volvió rápidamente al coche y a través del telecomunicador estableció contacto con el hospital general.

—Segunda avenida, primer cruce después del puente. Calle del planeta Venus, eso es… Sí…, ha habido un accidente.

—No se mueva. En seguida mandamos la ambulancia.

La aeroambulancia tardó exactamente dos minutos.

Era un helicóptero de los que sobrevolaban por la ciudad atentos a cualquier incidencia del orden.

Propulsado con turborreactores de potencia rectificada podían desplazarse a grandes velocidades en pequeñas distancias, sin precisar de grandes maniobras para su aterrizaje o despegue.

El conductor del coche explicó la forma en que había ocurrido el accidente, y en seguida el helicóptero se elevó para dejar el herido en el hospital y proseguir su servicio.

* * *

El hombre se había recobrado ligeramente pese a sus profundas heridas.

El doctor Samos le observó un momento.

—¿Cómo se encuentra?

—Sé que voy a morir.

—Vamos a operarle. Tenga confianza.

—No, doctor. No lo haga. Es necesario que hable con una persona. Es algo muy importante.

—Ahora no está en condiciones —aconsejó el doctor.

—Doctor. Si me opera, voy a morir.

—No tenga miedo. Se ha recuperado usted pronto…

—Sé que voy a morir, doctor. Sólo Van Heusen puede hacer algo. ¿Conoce usted al profesor Van Heusen?

—¿Van Heusen? Sí, por supuesto.

—Es a él a quien quiero ver. Dese prisa, doctor. Tengo el tiempo limitado.

El doctor iba a replicar algo, pero optó por dar media vuelta.

Fuera se acercaban sus ayudantes.

—Es un paciente extraño. Otro no lo hubiera contado con las heridas que se ha producido; sin embargo, ha reaccionado e insiste en hablar con el profesor Van Heusen.

—Perderemos bastante tiempo. ¿Cree que aguantará?

El doctor vaciló un momento.

—Nos recomendaron informar de cualquier cosa anormal. Y esto, señores, no es precisamente anormal.

—¿Se refiere al paciente?

—A su forma de proceder. Su deseo es ver a Van Heusen. Creo que tiene derecho a que le hagamos caso; por otra parte tal vez el general Layton le interese el asunto.

Inmediatamente el doctor se puso en contacto con el edificio de la B.E.D.E.

Van Heusen contestó a la llamada.

A través de la pantalla el doctor podía ver el rostro del científico.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—No lo ha dicho, profesor. Parece que sólo quiere hablar con usted. Dice que es importante y ha añadido que sólo usted podría salvarle.

Van Heusen arqueó las cejas.

—No comprendo quién pueda ser, pero iré de todos modos.

—¡Ah! Profesor, tal vez convendría informar al general.

—Sí. Por supuesto.

El doctor colgó.

¿Quién sería aquel individuo?

CAPÍTULO VI

Por aquí, profesor —indicó el cirujano.

Van Heusen siguió al encargado de cuidar del accidentado, hasta llegar a la sala de urgencias donde el hombre estaba despierto, con los ojos abiertos, aunque su respiración iba debilitándose.

—Déjenme a solas con él —pidió el herido.

Van Heusen le echó una mirada y luego volviéndose al doctor hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—Si me necesita... —indicó el médico.

En seguida los dos hombres quedaron a solas.

El herido forzó una sonrisa.

—Molock... Molock...

—¿Qué demonios está diciendo?

El herido hizo un gesto de dolor.

—Necesito tu ayuda. Esos... quieren operarme. Tú sabes que moriría.

Van Heusen escuchaba atentamente sin pestañear.

El herido respiraba cada vez con mayor dificultad, sus muecas de dolor se repetían

Siguió balbuciendo:

—No pierdas tiempo, Molock. No queda mucho. Voy a morir si no me ayudas.

—Yo no me llamo Molock.

—¡Molock! —exclamó el hombre como si de repente descubriera que su mejor amigo le estaba traicionando.

Van Heusen arqueó las cejas.

—De veras que lo siento, amigo. Yo no puedo hacer nada.

—Tú eres Molock...

—Creo que está delirando. Llamaré al doctor.

—No, Molock. Yo no diré nada, no hablaré, pero debes salvarme. Tachka vive. ¿Comprendes? Tachka vive...

La puerta se abrió en aquellos momentos. El doctor apareció por el umbral.

—¿De veras no necesita nada, profesor?

—Ese hombre está delirando. Me confunde con otra persona. Creo que deben operarle en seguida, si es que aún es tiempo.

Con un grito desgarrador, el herido exclamó:

—¡Molock! Podías salvarme y no lo has hecho. Eres… un asesino.

Todos los reunidos quedaron mirándose.

Una enfermera tomó el pulso al accidentado.

—Este hombre está muerto.

El médico lo comprobó.

—En efecto, ha muerto —ratificó el doctor.

—Han hecho bien en llamarme —dijo Van Heusen—. Podía tratarse de algo realmente interesante. Pero…

—Entonces… —empezó el doctor—. ¿No le conocía?

—En absoluto. Ya he dicho que debió de confundirme.

—Él pidió por usted. Dio su nombre.

—Mi nombre, doctor, es bien conocido. No hay semana que no aparezca en la televisión. Son muchos los que piensan que puedo hacer milagros. Personalmente preferiría pasar inadvertido.

—¿Por qué le llamaría Molock? —preguntó uno de los ayudantes.

—Probablemente deliraba.

—No, profesor —aseguró el médico—; el herido no deliraba.

—Pues entonces, señores, me ha confundido. Buenas tardes; tengo mucho que hacer.

Van Heusen iba a cruzar el umbral de la puerta ruando el doctor le llamó de nuevo.

—Espere.

—¿Qué desea, doctor?

—Le practicaremos la autopsia. ¿Quiere verlo?

—No, no. No es mi especialidad.

Y Van Heusen se alejó.

* * *

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando la sombra se deslizó por la calzada contigua al hospital y reservada para la salida de automóviles.

Las células electrónicas abrieron automáticamente las puertas laminadas y la sombra penetró en el hospital por la calle lateral.

En seguida ascendió el corto tramo de escalera que conducían hasta el nivel del piso.

El pasillo estaba desierto.

Una flecha indicaba el departamento de quirófanos.

La sombra seguía deslizándose con extraordinaria agilidad.

Al llegar al fondo del pasillo, tuvo que pegarse al hueco de una puerta porque el ascensor se había detenido y de él bajaron dos enfermeras.

Pasaron muy cerca, hablando de sus cosas, ninguna de las dos se fijó en la persona de ojos relucientes que permanecía al acecho.

De nuevo el pasillo quedó solitario.

La sombra avanzó hasta el pie de una escalera que ascendía al piso superior.

Parecía conocer regularmente el hospital, porque se dirigió directamente al departamento de autopsias.

Entró por la puerta de batientes y miró a través del cristal.

Al fondo el doctor y la enfermera estaban hablando. En la mesa, el cuerpo del accidentado cubierto con una sábana.

El misterioso personaje recorrió con la mirada la pequeña antesala.

Sus ojos divisaron un intercomunicador sin pantalla.

Colgaba de la pared al lado de una portezuela.

Lo tomó con sus manos enguantadas y pulsó un botón.

Desde su puesto pudo ver perfectamente cómo la enfermera, desde la habitación opuesta, descolgaba su aparato.

—Diga al doctor que se presente inmediatamente en la sala de urgencias.

—Íbamos a empezar a...

—Es urgente, señorita. —Colgó.

En seguida se introdujo por la abertura que daba a la habitación contigua al intercomunicador.

Esperó a que el doctor saliera.

Salió. Desde el umbral hablaba con la enfermera.

—¿Ha dicho una voz extraña?

—Sí. No sabría decir si era de hombre o de mujer.

—Voy a averiguar qué ocurre —replicó el médico—. Espere. Si he de tardar ya la avisaré.

—Bien, doctor.

El médico se alejó.

La enfermera quedó unos momentos indecisa y al fin optó también por salir.

La sombra se deslizó rápidamente hacia el quirófano.

Sus pequeños y relucientes ojos escrutaron el cuerpo del hombre que minutos antes había muerto. El hombre que con tanta insistencia había pedido ver a Van Heusen.

La voz del personaje silabeó:

—Lo siento, pero debes desaparecer. Nadie debe examinar una sola víscera de tu cuerpo.

La enfermera regresaba en aquel momento.

Entró en el quirófano y…

—¿Eeeh? ¿Quién es usted, qué está haciendo aquí?

Se fijó en el brillo extraordinario de aquellos ojos que la observaban.

Sintió un repentino terror y quiso huir, pedir auxilio, pero aquellos ojos parecían dominarla, paralizarla.

Una voz silabeante susurró:

—Lo siento. Ahora tengo que acabar contigo también.

La muchacha seguía rígida, aterrorizada, pero sin poderse mover.

Miraba fijamente aquellos ojos brillantes, terriblemente brillantes que despedían constantes destellos.

¡Los despedían!

Dos rayos centelleantes surgían de aquellas pupilas infrahumanas.

No pudo ver más.

Aquellos rayos, al conectar con su cuerpo, la sacudieron en una horrible convulsión.

La enfermera cayó fulminada.

Los mismos rayos que emanaban de aquellos ojos buscaron el cuerpo del hombre.

Como un torrente de energía recorrieron su piel varias veces.

Momentos después el cadáver había desaparecido.

No existía el menor indicio.

Entonces la sombra buscó el cuerpo de la enfermera, pero se detuvo. Oyó los pasos del médico que se acercaba.

Salió con el tiempo justo para esconderse en el cuarto que había utilizado antes.

Esperó a que el doctor entrara en el quirófano para huir precipitadamente.

CAPÍTULO VII

El general, tras escuchar las explicaciones del médico, preguntó:

—¿Está seguro que la enfermera murió electrocutada?

El médico asintió.

—Como si hubiese recibido una descarga de alta tensión.

—Y el cuerpo del herido ha desaparecido.

—Por completo, señor.

—¿Cuándo se marchó Van Heusen?

—Calculo que hará unos veinte minutos.

—Ya estará de vuelta al laboratorio. O tal vez en su casa. Voy a llamar.

El general Layton hizo uso del telecomunicador del doctor y esperó a que la pantalla quedara iluminada.

Apareció la imagen de Cristian, el criado de Van Heusen.

—¿Está el profesor?

—Sí, general. Espere un momento.

Layton se volvió hacia el médico.

—¿Dice que Van Heusen negó conocerle?

—En efecto, señor.

El criado reapareció.

—Un momento, por favor; el profesor se pone en seguida.

Tardó más de lo que la paciencia del general hubiese aguantado de buen grado, pero era importante hablar con él.

Cuando, por fin, apareció el profesor en la pantalla, empezó disculpándose.

—Lo siento, Layton. Estaba haciendo...

—Es igual, profesor... Vayamos al asunto. ¿Qué sabe de ese herido que ha muerto en el hospital?

—Nada, señor. No pude hablarle de él porque usted estaba ocupado y me pidieron que fuera con toda urgencia.

—Es verdad —admitió el médico.

—El doctor dice que le confundió con alguien. ¿Recuerda el nombre?

—Pues sí. Un tal Molock; creo que fue eso lo que dijo.

El médico asintió desde su sitio, corroborando las palabras del profesor.

—¿Sabe que ese hombre ha desaparecido?

—¿Cómo? —preguntó Van Heusen indiferente.

—Tal vez del mismo modo que su colega ruso el profesor Chokof.

—Lo siento. ¿No tiene ninguna pista?

—Una enfermera electrocutada.

—Bueno, quizá debió de ver algo...

—Eso es lo que supongo. ¿No le dice nada todo esto?

—General. Me pregunto por qué querrían un cadáver.

—Sí. Ésa es la pregunta —admitió Layton.

—¿Qué opina el doctor?

El médico se encogió de hombros sacudiendo negativamente la cabeza.

—¿Y usted, Van Heusen?

—Esto es trabajo de Lara, no mío.

—Bien, profesor; le espero en casa del doctor dentro de quince minutos. Voy hacia allí.

—Conforme.

Colgaron.

Layton se levantó y habló con el médico.

—Si trajeran a otra persona que por su aspecto o su forma de hablar les infundiera sospechas de anormalidad.

—Comprendo —— replicó el médico —. Le avisaríamos.

—A mí directamente. ¿Comprende? A mí...

—Sí, general.

* * *

Luisa estuvo presente en la entrevista con los tres hombres a los que se agregaron el capitán Sutton, del servicio de seguridad.

—Ya sé que el profesor no comparte mis teorías —decía el doctor Lara —, pero lo ocurrido en el hospital es un paso adelante... Aunque desgraciadamente ha habido una víctima inútil. Si yo hubiese podido examinar a ese hombre...

El general intervino:

—¡Un momento! Tal vez ése sea el motivo.

—¿A qué se refiere? —terció el profesor.

—Han raptado el cadáver para que nadie pudiese examinarlo.

—Es una posibilidad —admitió Lara.

—¿Qué hubiese demostrado una autopsia?—preguntó el general

como si hablara consigo mismo.

Lara meditó la respuesta.

—Tal vez unos órganos que siendo parecidos a los nuestros se sustentan de un modo distinto.

—¿La electricidad, doctor? —inquirió Lara.

—Exacto —afirmó éste.

El general intervino otra vez:

—Esto parece que va concordando. La enfermera murió electrocutada.

—Pero la muerte no podía producírsela un cadáver —replicó tajante el doctor.

Van Heusen terció:

—Estamos hablando sobre suposiciones. Yo he leído libros del siglo veinte en que todavía algunas gentes creían en vampiros. Ya saben, unos seres estrafalarios que se alimentaban de sangre humana y podían convertirse en una especie de murciélagos.

—¿Qué tiene que ver? —preguntó Lara.

—Hombres que se alimenten con corriente… No sé… No hemos descubierto ningún planeta en que existan seres semejantes. En todo caso polvo radioactivo…

Lara interrumpió:

—La radioactividad, profesor, también es una energía provocada por el átomo al desintegrarse. En este caso la electricidad vulgar podría ser un sucedáneo.

Van Heusen pareció meditarlo.

—Tal vez, tal vez.

—Bien, señores —cortó el general —. Estamos divagando. De momento seguimos a oscuras, pero celebro conocer la opinión del doctor.

—Si queda algún otro ser de esa especie, necesitará corriente. Vigilen todos los conductos. Especialmente las centrales productoras de energía. Que se fijen bien en las zonas, especialmente si alguna gasta más últimamente.

—Una buena idea, doctor.

Lara se levantó y mirando al general sentenció:

—Si ese hombre del hospital no se dejó operar es porque sabía positivamente que una intervención normal no podría ayudarle. Esto refuerza mi teoría.

—Sí, doctor, creo que tiene razón.

El general se volvió hacia Van Heusen y añadió:

—Me estoy preguntando ¿quién puede ser ese Molock con que ese hombre le confundió a usted?

—Yo también, señor. Yo también…

CAPÍTULO VIII

Las dos astronaves estaban preparadas.

Somerset llevaba a otro piloto jefe. El comandante Cay.

Rick le estaba despidiendo.

—Es la primera vez que no voy a pilotar mi astronave. El viejo quiere que observe desde la torre. Hay que obedecer.

—Hoy se ha comprobado todo, las cámaras, los estabilizadores, los cohetes.

—Es natural.

Gay, el piloto jefe, intervino:

—Tenemos orden de seguir la misma ruta. Tú tienes más experiencia; cualquier anomalía debe sernos comunicada.

—Claro, por eso me quedo aquí.

Layton disolvió la pequeña reunión.

—Todos a sus puestos. ¡Rick, vaya a control!

—Sí, señor.

Somerset y Gay entraron en el aparato.

En seguida comenzó la puesta a punto para el despegue.

Rick ya estaba en el control pidiendo el tiempo.

Todo dispuesto. En diez segundos las dos astronaves ascenderían hasta perderse en el espacio.

El general se colocó al lado de Rick.

—Listo, señor.

Había empezado la cuenta.

Al cabo de los diez segundos el propio Ricky accionó la palanca.

En el interior los pilotos de las dos astronaves hicieron lo mismo. El doble control entró en funciones y los vehículos espaciales salieron materialmente disparados en línea recta.

Todo había salido perfecto.

Van Heusen, junto con el doctor Lara y Luisa, estaban atentos a la pantalla del «Destructor III».

—Aquí control —habló Rick —. ¿Qué tal, Gay?

—Todo comprobado. Marcha perfectamente, estamos sobre, la ruta.

Cortó para hablar con el piloto de la otra astronave. Tampoco se observaba la menor anomalía.

El general comentó:

—Todo sigue igual al último vuelo.

Rick asintió.

Van Heusen conectó de nuevo con el «Destructor III» a petición del doctor Lara.

—Atención. El doctor Lara quiere hablarle.

El médico habló a través de la radio:

—Comiencen a sacar las primeras fotos.

—Estamos lejos todavía del objetivo.

—No importa, según mis cálculos la desintegración del volcán de acuerdo con el tiempo transcurrido ha lanzado las masas de lava a cientos de kilómetros.

Van Heusen asintió.

Cuando Lara cortó la comunicación el profesor comentó:

—Habrá partículas en un radio de acción de diez mil kilómetros por lo menos.

Rick, desde su puesto de observación, era informado de que las dos astronaves volaban ya sobre el antiguo volcán.

—¡Descended! —ordenó Rick.

Gay obedeció.

En seguida dio su posición que quedó controlada.

—¿Podéis ver algo?

Tras una breve pausa, Gay volvió a informar. Su rostro aparecía claramente en la pantalla.

—Se ha formado como una mesa. Nos acercaremos.

—¡Cuidado! Atentos a los estabilizadores.

—Todo funciona perfectamente.

Esperaron unos minutos.

Fue el rostro de Somerset el que cubrió la pantalla.

—Sí. Es una masa, Rick. Como si los fragmentos de lava volvieran a unirse.

Lara se acercó.

—Que saquen todas las fotografías posibles.

Van Heusen y Luisa acudieron a la pantalla número uno.

—Me gustaría ver esas masas.

—Quizá pueda ser posible.

Habló de nuevo por la radio:

—Aquí, control a piloto.

Gay apareció de nuevo.

—Intentaremos aproximarnos más.

—Vira la nave y procura que el espejo repetidor nos dé la situación.

—En seguida.

Gay manipuló en el mando correspondiente y poco a poco la pantalla del televisor describió una panorámica hasta enfocar el punto donde se formaba la masa.

Era, desde luego, de pequeñas dimensiones.

El general calculó:

—Unos cinco metros de diámetro a lo sumo, si no me equivoco.

Van Heusen asintió.

—Déjenme ver esto.

Rick le cedió el asiento.

Lara volvió al otro aparato.

«Destructor III» pedía instrucciones.

Rick tomó la radio.

—Acercaos lo posible y disparad las cámaras.

Van Heusen permanecía atento a la masa que parecía ir acoplando.

El general inquirió:

—¿Cree que volverá a formarse?

Van Heusen asintió.

—Estoy seguro de ello, general. Día a día la lava convertida en materia esponjosa volverá a formar la mole. Igual o más pequeña, eso es lo de menos, pero crecerá.

—Volverán los mismos problemas. Ordenaré que la destruyan.

—No. Espere. Es conveniente estudiar su evolución.

En la pantalla apareció de nuevo Gay.

—Misión cumplida. Todas las placas han sido tiradas.

—Regresen —ordenó el general.

Van Heusen transmitió la orden.

—Pueden regresar.

—De acuerdo, profesor.

—Un momento. Comprueben primero.

Gay seguía en la pantalla.

—Sí, profesor.

—¿Puede verme, Gay?

—Perfectamente.

——Celebro que no haya interferencias. Vea los mandos.

—Estabilizador comprobado —dijo la voz de Somerset.

Todo funcionaba perfectamente. Sólo había que virar la astronave y regresar, pero...

Gay seguía en la pantalla. De pronto.

—Profesor. Algo no funciona. Creo que perdemos altura.

Rick se acercó a la pantalla.

—¿Qué ocurre, Van Heusen?

—Algo les funciona mal.

—Mi astronave ha funcionado siempre perfectamente.

Gay repetía insistentemente:

—Es como si hubiese quedado paralizada. Yo... Yo no me encuentro bien.

—No pierdas la serenidad, Gay —gritó Rick.

Van Heusen seguía dando instrucciones atento a la pantalla, al rostro de Gay perlado por el sudor.

—Tiene miedo —comentó el profesor —. Se acuerda de Regan.

Alzó la voz y añadió:

—Escuche, Gay, óigame atentamente... Utilice los cohetes propulsores. No debe temer nada, los he comprobado personalmente.

Gay parecía próximo a desmayarse.

De pronto su rostro desapareció de la pantalla y fue sustituido por Somerset.

—Se ha desmayado. Denme instrucciones.

—Los propulsores —siguió el profesor.

—Voy a intentarlo.

Somerset vaciló un instante antes de accionar el mando para ponerlo a «Cero».

Luego sólo faltaba bajar la palanca hasta el fondo. Iba a hacerlo, pero vaciló.

Volvió a la pantalla.

—¿Qué espera? —preguntó Van Heusen.

—Nada, nada. Sólo que...

Rick cambió una mirada con el general. Los dos hombres se comprendieron mutuamente.

—Me gustaría ser yo quien estuviese en la astronave.

Somerset había vuelto al cuadro de mandos. Su mano ligeramente vacilante volvió a tocar la palanca.

Tiró.

Una explosión sorda, fugaz, resonó por la radio. Inmediatamente la pantalla televisora dejó de funcionar.

Todos habían comprendido lo ocurrido; sin embargo, el piloto de la otra astronave informaba consternado:

—Ha estallado en mil pedazos… Igual… Igual que la otra vez.

Van Heusen miró un momento a Rick.

—¿De veras le habría gustado estar en la astronave?

El general se había sentado frente al puesto de control III. En la pantalla el piloto, con la consternación reflejada en el rostro, dijo simplemente:

—Espero que tengamos mejor suerte. Aquí todo funciona perfectamente, pero con Gay ocurrió lo mismo.

—Vire inmediatamente y ponga la astronave en marcha.

El «Destructor III» pareció, en efecto, tener mejor suerte. En pocos segundos alcanzó la velocidad normal y volaba sobre la estación interplanetaria.

El general se volvió a los reunidos.

—Señores, hemos de averiguar por todos los medios qué fuerza es la que nos amenaza y cómo destruirla.

CAPÍTULO IX

Aquella misma noche se recibió el comunicado de una de las centrales suministradoras dé energía.

El general leyó el informe.

—En la zona A—B ha habido un considerable aumento de energía.

El capitán Sutton pidió instrucciones.

El doctor Lara salió del laboratorio para pedir:

—Quiero ir con ustedes.

—Sí. Que avisen al profesor. Tal vez él también desee ir. —Y dirigiéndose a Sutton, el general ordenó—: Que todas las patrullas, converjan en aquel sector.

Inmediatamente automóviles y helicópteros se pusieron en marcha.

El general, acompañado de Van Heusen y de Lara, se disponía a salir. Luisa también pidió ser incluida.

—¿Puedo acompañarles?

Rick, que había ido en busca de su esposa, les encontró a la salida y les siguió con el auto.

La confluencia A—B. Estaba al extremo oeste de la ciudad.

Cruzaron veloces las calles amuralladas por las altas paredes metálicas de los edificios, mientras el profesor comentaba:

—Ahora recuerdo que aquel hombre del hospital habló de alguien llamado Tatchka.

Todos miraron.

—El nombre no dice nada —comentó Lara.

—¿Quién será? —inquirió el general.

—Tal vez un amigo de aquel hombre —sugirió el profesor.

Lara terció:

—Si logramos dar con él, hay que atraparle vivo, pero con mucho cuidado. Ese hombre puede poseer un arma mortífera.

—¿Qué clase de arma? —inquirió el general.

—La misma que electrocutó a la enfermera —replicó el doctor.

—Ordenaré a todos los hombres que utilicen los trajes protectores. En el auto también tenemos para todos. De cualquier modo, usted, Luisa, no baje.

Llegaron al punto de confluencia.

Un técnico de la central de energía señaló el edificio.

—Aquí es, señor.

El capitán Sutton, provisto de su traje protector, se acercó al general.

—Este edificio está ocupado en la mayor parte por el personal administrativo de la B.E.D.E. Son residencias particulares.

—Hay que registrar casa por casa. Distribuya a sus hombres. La pregunta debe ser si alguien ha hecho consumo extraordinario de energía.

Rick se había unido al grupo.

—¡Un momento! ¿La energía solar podría ser utilizada por un hombre de esa especie?

El doctor replicó a la pregunta:

—La doméstica, no. Tiene que ser forzosamente corriente producida por generadores normales, ya sea atómicos o electrónicos.

El general y los que iban en su grupo se adelantaron hacia la entrada del edificio, cuyas puertas se mantenían abiertas de par en par.

Luisa bajó del auto.

—Tú no te muevas —pidió Rick.

—Estoy impaciente.

—Lo sé, querida, pero puede haber peligro.

Ella se había puesto el traje sobre su habitual pantalón galvanizado. Se lo indicó a su marido.

—Aún así. Desconocemos el poder del arma de la persona que buscamos.

—Está bien. Los siglos transcurren, pero a las mujeres las seguís considerando como un sexo inferior.

—Mi querido «doctor». La vida en cualquier siglo carecería de interés si los sexos consiguieran plenamente la igualdad.

Rick sonrió a través de la escafandra protectora y seguidamente se alejó hacia el vestíbulo de la casa.

La calle quedaba rodeada por los hombres del servicio de seguridad, uniformados con su pantalón arrapado a la pierna como una segunda piel, botas de caucho y su guerrera ajustada y ¿Trochada con una especie de cremallera vegetal, le gado el cuerpo en completa libertad de movimientos para utilizar sus armas

automáticas o pelear cuerpo a cuerpo si la ocasión se presentara.

El color azul de sus uniformes contrastaba con el fondo metálico de los edificios.

Uno de los guardas surgió de una esquina y avanzó hacia el coche.

Luisa se asomó.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, por ahora.

El hombre entró en el auto, situándose junto al volante.

Luisa le observó extrañada.

El policía accionó el mando automático y pulsó el botón de arranque.

—¿Dónde vamos?

El hombre se quitó la escafandra protectora y sonrió.

Luisa insistió:

—Por favor. Detenga el coche. No quiero marcharme.

—No se preocupe.

—He dicho que se detenga.

El extraño policía se volvió y acentuó su sonrisa. Era un hombre de edad intermedia, en cierto modo su aspecto físico tenía un algo de parecido con el hombre que había muerto en el hospital. Claro que Luisa en aquellos momentos lo único que le importaba era salir del coche y volver donde estaba antes.

—No tema, señora. No le ocurrirá nada.

—Oiga... Usted... No es policía, ¿verdad?

El hombre acentuó su sonrisa.

* * *

—Capitán Sutton, capitán Sutton.

Uno de sus hombres salió corriendo de la esquina. Venía agitado, confuso.

A sus gritos el capitán asomó por el vestíbulo.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Kobalky.

—¿Kobalky? ¿Qué le ocurre a Kobalky?

—Venga, señor.

El capitán corrió hacia la esquina.

En el suelo yacía el cuerpo de uno de sus hombres. Adux

Kobalky. Le habían quitado el uniforme y estaba sin sentido.

Sutton le tomó el pulso.

—Aún vive. Que avisen al doctor Lara; seguramente el hombre que buscamos le habrá quitado el uniforme para utilizarlo y huir.

El general acompañado del doctor salía en aquellos momentos.

Inmediatamente fue informado. El doctor corrió para examinar al hombre que había quedado sin conocimiento.

—¿Nadie ha visto nada?

Uno de los hombres se acercó.

—Sí, señor. Me pareció ver que alguien subía a un coche y se alejaba.

—¿Y no le ha dado el alto?

—Llevaba el uniforme, señor. No pude pensar que...

Rick salía con el profesor en aquellos momentos.

—¡General! El coche en que estaba Luisa. ¡Ha desaparecido!

—¡Cielos! El mío. ¡A los coches! Hay que buscarles.

Rick corrió hacia el suyo propio. El profesor fue tras él.

—Iré con usted.

—Dése prisa, profesor. Mi mujer puede estar en peligro.

—No pierda la calma —aconsejó el profesor.

El pequeño radar con que cada automóvil estaba equipado giraba tratando de detectar el coche evadido.

El general, a través del telecomunicador del coche, informaba:

—Atención todos los coches. La situación del automóvil fugitivo indica el extremo opuesto, entre los puntos 4—Z.

Van Heusen, junto a Rick, informaba a su vez:

—Usted ya debe de saber que el coche del general lleva un dispositivo especial que le permite ser detectado a distancia.

Rick asintió.

—Esto puede servirnos de mucho si el fugitivo no se da cuenta.

A través de un pequeño altavoz podía escucharse el tictac procedente del indicador que a la vez señalaba sobre el plano iluminado, en el control del coche, la situación exacta del fugitivo.

Van Heusen intuyó.

—Corte por la derecha.

—¿Por qué?

—Creo que se dirige a la zona de despegue. Tratará de huir.

—No conseguirá pasar.

—Recuerde que va uniformado —hizo notar el profesor.

—El general debería informar para que cortaran el paso.

—Tachka o quienquiera que sea el hombre al que perseguimos, lleva radio en su coche; puede interceptar cualquier orden.

Naturalmente. Su coche era el del general y estaba dotado de los mismos mecanismos que el resto de los automóviles oficiales.

* * *

El falso policía escuchaba atentamente por la radio, si bien mantenía cerrado el contacto de la pantalla.

—No conseguirá huir, Tachka. Le acorralarán. ¿No lo comprende? —dijo Luisa.

—Es curioso. Nos siguen de cerca; esto quiere decir que el auto está provisto de un transmisor o indicador de situación conectado a los demás coches.

—Hágame caso, Tachka.

—Cállese ya. Tengo que encontrar ese dispositivo. Veamos...

El hombre buscó por la delantera del coche. No parecía haber nada, sin embargo...

Probó los distintos botones. Todos respondían a una función relativa con el manejo automático del vehículo, incluido la capota convertible, la radio, la televisión, el telecomunicador; pero había un botón...

El hombre lo pulsó. No cedía.

—Claro. No es un botón. Es un tirador.

Accionó al revés y dejó al descubierto una pequeña cavidad. Allí estaba el aparatito diminuto que emitía señales.

Lo cogió y lo echó a través de la ventanilla.

—Se acabó. Así no va a seguirnos nadie.

—Tachka... Le repito que todo esto es inútil.

—No conseguirán atraparme. Eso se lo garantizo...

—Tachka... ¿Por qué no quiere escucharme? El doctor Lara le gustaría hablar con usted. Él fue el primero en apuntar la posibilidad de que existieran seres... así, como usted.

Luisa trataba de ganar tiempo y al propio tiempo convencer a aquel hombre de apariencia normal que quizás en el momento menos pensado podía atacarla, electrocutarla como a la enfermera.

Luisa insistió.

—El doctor Lara abogará por usted. Si usted atacó a alguien lo hizo impulsado por el miedo. Está en un mundo extraño y teme…

—No se esfuerce, no me convencerá… ¡Ah! Y yo no he matado a nadie, ¿comprende…? Tuve que atacar a un soldado para robarle el uniforme, pero eso sólo fue para poder huir. Autodefensa.

—Pero usted es Tachka, ¿verdad? Un amigo suyo murió en el hospital.

—Él estaba herido. Yo no.

—Pero necesitará algo para subsistir… Huyendo, no lo conseguirá nunca.

—Tengo alguna reserva.

—Se le terminará.

—Conseguiré la energía que necesito.

—Le acosarán implacablemente.

—Donde voy, no. Estaré completamente seguro. Lo siento.

—Tachka… No sé lo que piensa usted. No sé ni siquiera quién es. Acaba de asegurarme que nunca ha hecho daño a nadie… Si es así, déjeme salir. Si ya no pueden seguirnos tampoco me necesita como rehén…

—Puedo necesitarla más adelante. Y el coche continuó su ruta por las rectilíneas y limpias calles de aquel satélite interplanetario.

CAPÍTULO X

En la sala de actos del edificio de la B.E.D.E. El general, reunido con los suyos, paseaba como león enjaulado.

Rick, golpeaba con el puño cerrado la palma de su mano izquierda.

—¡Dos horas! ¡Dos horas sin la menor noticia!

—exclamó.

—Calma, Rick. No puede escapar, con las medidas que hemos tomado, será fácil localizarle —replicó Lara palmeando el hombro del piloto. El general señaló el plano monumental de la ciudad, perfectamente iluminado.

—Todo el mundo está avisado. Nadie le abrirá sus puertas. Sus únicos refugios son los subterráneos y en todos los edificios se ha dado orden de poner la refrigeración al máximo en la parte exterior a los apartamentos. El frío glacial obligará a nuestro hombre a procurarse energías y esto nos permitirá determinar su nuevo escondrijo.

La concluyó:

—Y si sigue en la calle los helicópteros le localizarán. Es cuestión de tiempo. Ya no puede tardar.

Sonó el timbre del telecomunicador.

Uno de los técnicos del laboratorio informó al general:

—Señor. La congelación en los sótanos ha llegado al grado máximo en la mayoría de los edificios. Hemos recibido muchas comunicaciones confirmándolo.

—Gracias.

El general cortó la comunicación y se dirigió a Rick.

—Todo marcha.

Rick se dirigió a Lara.

—¿Cuánto tiempo podrá aguantar sin necesitar lubrificarse?

—Todo lo más quince minutos. Un cuerpo habituado al calor resiste menos el frío.

Layton estableció comunicación con uno de los helicópteros en vuelo. La figura del piloto apareció en la pantalla.

—Nada nuevo, señor. Todas las calles están desiertas a excepción de los coches patrulla que distinguimos perfectamente por sus

distintivos fluorescentes.

Layton cortó.

Rick paseaba nervioso consultando el reloj a cada segundo.

Cinco minutos; faltaban diez para el plazo indicado por el doctor Lara.

Parecía como si el tiempo se hubiese paralizado.

—¡Si mi mujer ha sufrido algún daño! —exclamó sin poderse contener. Y descargó significativamente sobre la mesa su puño cerrado.

Seis minutos.

El silencio era tal que podía escucharse hasta el palpitar de los corazones.

De nuevo el timbre del telecomunicador. Era de uno de los helicópteros.

—Alguien se dirige por la calle cuatro hacia la confluencia de la primera avenida.

—Informe a Sutton.

——Sí, señor. Seguimos de cerca a la persona. Va a pie. Camina de prisa.

—No la pierdan de vista.

Rick se precipitó hacia el telecomunicador. El piloto volvió a informar:

—Se dirige hacia el edificio de la B.E.D.E., señor.

—¿Hacia aquí?

El general comunicó con otro de los aparatos. El oficial de guardia del vestíbulo principal apareció por la otra pantalla.

—Pongan atención, alguien pretende entrar en él edificio.

—Estamos preparados, señor. Layton cortó.

—Bien, señores, parece que las cosas se simplifican.

Por la pantalla, el piloto informó:

—Ya ha entrado, señor.

El oficial de la guardia informaba a su vez:

—Señor, es una falsa alarma.

—¿Qué quiere decir?

Entonces a través de la pantalla apareció Luisa,

—¡Luisa! —exclamó Rick.

—Estoy bien, Rick. No te preocupes.

* * *

Luisa se reunió con los demás.

Después de que Rick la hubiese abrazado, se explicó:

—Fui la primera sorprendida de que Tachka me dejara en libertad. Pero lo hizo.

—¿Cuándo, dónde? —preguntó impaciente el general.

—Hace media hora aproximadamente. Primero nos refugiamos en los refugios antiatómicos del lado sur.

—¡En los refugios! —exclamó el general.

—Tachka parece conocer bien el satélite. Lo primero que hizo fue quitar todas las conexiones para que no pudiera hacer funcionar ninguno de los timbres de alarma. Allí permanecimos casi una hora. Luego salimos de nuevo. Nunca supe exactamente dónde quería dirigirse.

—¿Y desde entonces?

—Eligió otros dos edificios particulares. En media hora cambiamos dos veces. Al fin me soltó. Dijo que era el momento para ir donde debía. Hacía un frío horrible.

—Di orden de que conectaran la refrigeración —explicó Layton.

Rick sonrió.

—Es curioso. Ese tipo sin duda alguna mató a la enfermera y es el causante de las desapariciones de...

Luisa cortó.

—No. Él no lo hizo.

—¿Te lo dijo?

—Sí. No tenía por qué mentirme. Estaba en sus manos.

El general se acercó.

—¿Nombró a alguien?

—No.

El doctor Lara intervino:

—Debe de haber alguien más...

—Sí —adujo Van Heusen—. El asesino.

CAPÍTULO XI

Luisa y Rick se dirigían a su casa.

El joven miraba fijamente la recta mientras comentaba:

—Tachka es el único que puede conducirnos hasta el verdadero culpable.

Luisa asintió.

—Rick, tengo una vaga sospecha...

—¿Qué estás diciendo?

—Rick... Cuando Tachka me dejó libre, él permaneció en el edificio unos momentos. Lo esperé en la esquina y en seguida le vi salir.

—¿En el coche?

—No. A pie.

—¿Cómo no pudieron verle los del helicóptero?

—Porque no anduvo mucho rato. Cruzó la primera esquina. Le vi perfectamente.

—¡Luisa! Debiste informar al general.

—No podía, Rick. No podía porque, si es cierto lo que pienso..., Tachka tiene un amigo en la B.E.D.E.

—¡No! ¿Quién sería?

—No puedo estar segura; pero, cerca de allí, vive...

* * *

El capitán Sutton se había reunido con el general Layton para recibir instrucciones.

—Luisa tenía razón. Encontramos el coche.

—¿Han buscado por el sector?

—Casa por casa, señor, y Tachka no aparece.

—No hay duda de que tiene un cómplice —murmuró el general.

—Lo que no comprendo, señor, es el porqué de todo lo que ocurre. La desaparición del profesor Chokof y la del hombre del hospital. Las dos astronaves, aun careciendo de pruebas, suponemos saboteadas.

—Debe de ser un loco. Alguien que pretende frenar nuestra carrera. Chokof significaba un gran adelanto y desapareció. El

hombre del hospital tal vez podía habernos dado la clave y también desapareció. Murió la enfermera sin duda porque vio al asesino. Y, en cuanto a las astronaves, no es otra cosa que el propósito de hacer que cunda el pánico.

—La única pista es Tachka.

—Dejó libre a Luisa. Eso demuestra que no es un criminal, lo contrario no tendría sentido.

—Tal vez lo ha hecho para que nos confiemos —adujo el capitán.

Tras una breve pausa, el general mesándose los cabellos comentó:

—Lo más extraño es lo de las astronaves. ¿Cómo consigue que los mandos se estropeen de pronto? ¿Y sobre todo desde dónde dirige esos sabotajes?

* * *

Rick y Luisa habían llegado a su casa.

El joven todavía estaba asombrado por la declaración de su mujer.

—Tengo que avisar al general. Tengo que informar de todo esto.

—Procura que esté solo. Es importante…

—Descuida. Diré que venga aquí… Todo esto me parece absurdo, sin sentido, pero, él debe saberlo.

—A mí también me parece inconcebible, Rick, v desearía equivocarme. Yo… Yo aprecio a ese hombre.

—Sí. Y yo también.

Rick se dirigió al telecomunicador.

Marcó la clave correspondiente al despacho de Layton.

El general en persona contestó a la llamada.

—Hola, Rick. ¿Hay algo de nuevo?

—Sí, señor. ¿Está solo?

—Sutton está conmigo.

—¿Nadie más?

—¡Diablos! ¿A qué viene tanto misterio? No. No hay nadie más. Hable.

—Mejor será que venga a nuestra casa, señor. Disculpe que no sea yo quien haga el camino, pero no me atrevo a dejar sola a mi mujer.

—¿Tan grave es?

—Pudiera serlo.

—Voy para allá.

Rick habló sin preámbulos.

—Usted ya conoce el lugar donde Tachka dejó en libertad a mi mujer.

—Sí. He estado hablando con Sutton. Dieron una batida, pero no ha aparecido.

—Mi mujer —siguió Rick—pudo seguirle durante unos momentos. Explícaselo tú, Luisa.

La joven asintió.

—Dobló una esquina y corrió hasta la siguiente. Yo esperé unos momentos y luego le seguí. Cuando llegué al punto donde él había doblado, ya no estaba. En aquel sector no hay ninguna otra calle, hasta el final que cruza la primera avenida.

—Sí, es cierto —admitió el general.

—Por otra parte, los helicópteros patrullaban y no le convenía permanecer mucho rato en descubierto.

—Siga.

—De pronto se me ocurrió que... —Luisa vaciló.

—Vamos, hable sin miedo.

—En aquella calle vive el profesor Van Heusen.

—Sí. Ya lo había pensado —murmuró el general. Luego quedó pensativo.

El silencio se hizo denso, cortante.

Fue el propio Layton quien pellizcándose el labio inferior preguntó a bocajarro:

—¿Sospecha de Van Heusen?

Rick razonó.

—Primero lo del hospital. Aquel moribundo que le llamó expresamente, a pesar de que el profesor afirmara rotundamente no conocerle...

—También a mí me ha dado mucho que pensar. ¿Hay más?

—Las explosiones de las astronaves. Cuando estalló la de Gay y Somerset él mismo aseguró que había revisado los mandos.

—Sí, pero, después pudo entrar otro.

—¿Otro?

—Si el hombre que buscamos está metido en B.E.D.E. todo es posible; aun así, es otro detalle a tener en cuenta. ¿Qué más?

—Las astronaves saboteadas. He estado pensando desde que Luisa

expresó sus sospechas.

—¿Qué es lo que ha pensado?

—Tanto la de Regan como la que tripulaba Ray estaban controladas por Van Heusen.

—Bueno, desde nuestras torres no es posible controlarlas, cuando estaba en el objetivo. Ni el profesor ni nadie puede estropear los mandos a distancia en un momento dado.

—Eso es lo extraño, pero es otro detalle a tener en cuenta. En cada ocasión sólo fue una la astronave que estalló. ¿Por qué no todas?

—¡Hummm! Quiere decir que use el procedimiento que use sólo puede controlar la que observa. Y estropearla a su capricho.

—Exacto, señor. Claro está que son suposiciones, coincidencias tal vez.

—Tranquilícese, Rick. Hoy me he comunicado con la Tierra y he pedido a la central una relación completa del personal a mis órdenes con el informe y antecedentes correspondientes. Espero tenerla en mi poder muy pronto.

—General —intervino Luisa —, quiero decirle que tanto mi marido como yo hemos apreciado siempre al profesor Van Heusen.

—Mi esposa quiere decir, señor, que no sentimos la menor animadversión hacia él, pero en este caso…

—Han hecho bien. En tales circunstancias y hasta tanto no conozcamos el culpable, es mejor no fiarse de nadie. Lamentable, pero necesario para la propia seguridad.

Poco después el general se despedía del matrimonio, mientras la pregunta flotaba en el aire.

¿Serían ciertas tales sospechas?

¿Sería el profesor Van Heusen el culpable de aquellas muertes y desapariciones?

Tal vez el informe aclararía las cosas; entretanto se imponía permanecer a la expectativa y, sobre todo, tal como había aconsejado el general, lo mejor era no fiarse de nadie. Cualquiera podía ser el asesino que estaban buscando.

CAPÍTULO XII

—¿Alguna visita, Cristian? —preguntó el profesor al entrar en su casa.

El criado respondió negativamente.

—Hoy viene tarde, profesor. ¿Trabajará?

—Sí, Cristian. Bajaré a mi laboratorio. Tú puedes acostarte si lo deseas.

—¿Quiere que le baje la cena?

—No, no, déjala en el comedor.

—Luego se enfría y no se la come, profesor. Usted trabaja mucho y necesita las calorías necesarias para...

—Basta, basta, Cristian —interrumpió Van Heusen —, no es necesario que te preocupes tanto de mi salud. Ya ves que me encuentro perfectamente. Anda, tráeme lo que tengas preparado y yo mismo lo bajaré.

El criado obedeció y, a los pocos momentos, el propio Van Heusen bajaba hacia el sótano donde tenía instalado su laboratorio particular, llevando consigo la bandeja con la cena que le había preparado su fiel Cristian.

Al llegar abajo, dejó la bandeja sobre uno de los mostradores y se dirigió a efectuar unas comprobaciones en las humeantes retortas, hizo unas manipulaciones y volvió junto a la bandeja.

A su espalda la puerta que comunicaba con el cuarto de los servicios se abrió lentamente.

Como si de repente un sexto sentido acabara de advertirle, Van Heusen giró en redondo.

Ante el aparecido la figura de Tachka.

Sonreía.

Van Heusen permaneció impasible.

—¿No me esperabas, verdad, profesor Van Heusen?

—Hiciste mal en venir.

—¿No me preguntas cómo he entrado?

—Hay una puerta secreta en la calle lateral. Supongo que antes de venir conocías de antemano la forma de abrirla —replicó secamente el profesor.

—Bien, Van Heusen, supongo que ya sabes a lo que he venido.

El profesor permaneció callado.

Tachka dio unos pasos.

—Últimamente no eres muy sociable con los amigos, Van Heusen, o prefieres que te llame por tu nombre: Molock.

—Hiciste mal en venir aquí, Tachka. Me comprometes.

—Claro. Y Freiko también te comprometía; por eso le dejaste morir sin ayuda.

—Cometió la imprudencia de llamarme. No podía hacer nada. Me habrían descubierto.

—Sólo piensas en ti, Molock.

—Cuando el general ordenó la destrucción del volcán os avisé para que pudierais huir a tiempo.

—Sí… Pero de nada ha servido. Freiko ha muerto y yo necesito una tensión superior a la que puedo suministrarme.

—Está bien, Tachka. Te ayudaré, pero tienes que marcharte. El general ha extremado la vigilancia. Temo incluso que sospechen de mí.

—Algún día descubrirán que eres un impostor. No tenías ninguna necesidad de matar al verdadero Van Heusen para ocupar su puesto. Con tus conocimientos te habrían aceptado igualmente.

—Tengo otros planes. Cuando mi experimento esté perfeccionado no habrá planeta ni lugar alguno en el Cosmos que no pueda ser dominado.

—La ambición te ha cegado, Molock.

—De acuerdo. Soy ambicioso, pero nadie se aprovechará de mis conocimientos. Ese hatajo de imbéciles quiere ir cada vez más lejos. Pero yo voy frenándolos cada vez más. Ya he conseguido derribar por mí mismo a dos de sus astronaves. Al próximo vuelo habrá más víctimas. Tengo que ganar tiempo hasta que consiga tener mi invento listo.

Avanzó hacia las retortas en estado de ebullición.

—¿Ves esto?

—¿Qué es?

—Materia. Conseguiré células vivas, manejadas a voluntad. Un ejército entero que podrá ser transportado en una caja de cerillas. Materia que crecerá a mi voluntad.

—Te felicito, Molock; pero al mismo tiempo te compadezco. No eres el de antes.

—Tú no lo comprendes, Tachka. Los seres de nuestra constitución estamos en minoría. Los volcanes espaciales son destruidos; quieren aniquilarnos… Pero, antes de que esto suceda, las cosas cambiarán. Será al revés. Y los habitantes de la Tierra tendrán que inclinarse ante mí y cualquiera de esas células tendrá el mismo poder y la misma inteligencia. Nadie podrá contra ellas porque cada una podrá reproducirse millones de veces.

—Tú sólo piensas en destruir.

—En conquistar.

—Y en matar…

—La culpa es de Lara. Ese hombrecillo descubrió la posibilidad de que existen seres como nosotros. No sé cómo ha podido ocurrírsele, pero ha logrado convencer al general.

—¿Qué mal hay en ello? —atajó Tachka.

—¿Qué mal? Cualquiera de vosotros podría descubrirme y conocerían mi poder extraordinario, el que radica en mis ojos que es capaz de matar, de desintegrar a un ser humano y convertirlo en la nada; es capaz de electrocutar y también capaz de inyectar corriente de vida…

Van Heusen no parecía el mismo hombre de voz melodiosa y ademanes lentos que todos conocían. Había desaparecido el ser de aspecto distraído, campechano e inofensivo. Ahora era un hombre enloquecido por las ansias de poder. Era su auténtica personalidad, la de un loco o la de un fanático.

Siguió delirando.

—No… Mi poder es para mí solo. No lo pondré al servicio de nadie, ni permitiré que nadie se interponga en mis planes. Acabaré con quien sea, aunque pertenezca a los míos.

Tachka le escuchaba sin pestañear. Comprendía que era inútil discutir con él, hacerle razonar.

El profesor sonrió desaforadamente.

—Querían que Chokof colaborara conmigo. Chokof era inteligente y conocía al verdadero Van Heusen. Tuve que matarlo.

Pausa.

Humedeció sus labios y prosiguió:

—¿Sabes cómo?

—No me interesa.

—Paralicé su inteligencia. Le hipnoticé. ¿Comprendes? Mientras

esperaba fue cuando se dio cuenta de que yo no era Van Heusen. Estábamos en los estudios de la cadena de la Televisión. Vi cómo me miraba, pero en seguida le dominé. Conseguí que aprovechara el único momento en que el presentador se alejó de su lado y le obligué a retroceder y a meterse en la escalera de los laboratorios.

—He dicho que no me interesa —replicó Tachka.

Pero Van Heusen no escuchaba. Seguía relatando su asesinato, como si estuviese fascinado ante su propia inteligencia.

—Mientras todos le buscaban, seguí por el mismo camino. Oí pasos en la escalera. Pensé que podrían descubrirnos. Entonces, utilicé mis ojos y conseguí abrir una puerta cerrada con llave. Una cerradura vulgar. Arrastré a Chokof y volví a cerrar. Para que nadie pudiera molestarme utilicé de nuevo mis ojos. El rayo ablandó el metal y automáticamente las junturas quedaron soldadas. Luego, hice desaparecer definitivamente a Chokof. ¿Quién puede sospechar, Tachka?·—Supongo que nadie; pero ayúdame ahora. Casi no tengo fuerzas para sostenerme.

—Tú no lo comprendes, Tachka. Necesitas de mi ayuda, pero no lo comprendes. Yo no puedo correr riesgos. Ya es tarde para confesar la verdad.

—Por favor, Molock…

—Podría dejarte morir, Tachka, pero te ayudaré. Sólo por esta vez. Luego te irás. Vete al planeta Tierra. Arréglatelas como puedas, pero no me comprometas.

Tachka apenas se sostenía en pie.

—Anda, sígueme.

Jadeante, Tachka obedeció.

Van Heusen se dirigió hacia el fondo. Frente a él se alzaba un entrepaño metalizado.

El profesor sacó de su pecho una especie de medallón que colgaba de una cadena. Era un control remoto. Lo accionó y en seguida el entrepaño quedó al descubierto.

Al otro lado de la puerta hasta entonces invisible apareció una habitación rectangular, con un gran cuadro de mandos adosado a la pared frontal. A un lado, una mesa propia de laboratorio. Al otro, un atrio con una silla.

Un condenado a la silla eléctrica del siglo XX habría pensado que aquel profesor se había inspirado en tal instrumento de ejecución

para confeccionar su silla.

Van Heusen manipuló los aparatos electrónicos colocados en el tablero.

Una cadena de luces recorrieron todo el sistema de control. Las agujas de los contadores empezaron a oscilar describiendo un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Una conducción eléctrica zigzagueaba bajo la pantalla de control.

Diferentes casilleros iluminados iban cambiando de color, en forma sistemática e intermitente.

En quince segundos toda aquella complicada maquinaria se hallaba en pleno funcionamiento.

Van Heusen se sentó en la silla.

Él mismo se sujetó con un cinturón elástico que le mantenía erguido, pero disponiendo de manos y brazos en completo y libre movimiento.

En el brazo derecho de la silla había varios conmutadores.

Pulsó unos hacia una dirección. La silla comenzó a vibrar. Por último Van Heusen accionó el último de los mandos.

A través de un tubo transparente podía verse el conducto eléctrico dando corriente a la silla. Corriente que transmitía al profesor a través de los poros.

Tachka, casi inconsciente, asistía a aquel espectáculo inaudito con los ojos muy abiertos.

Comprendía perfectamente la vitalidad que un tratamiento de aquella índole podía proporcionar a seres de aquella especie.

Pensaba, no obstante, en que si Molock no cuidaba pronto de él, su vida se extinguiría rápidamente.

El profesor paró el mecanismo conductor de los rayos electrónicos.

Se levantó y llamó a Tachka.

—Vamos. Tendrás energías para dos semanas. Ven y siéntate.

Casi arrastrándose, Tachka logró llegar hasta la silla. El profesor tuvo que ayudarle a sentarse.

—No temas.

Tachka ya no temía nada, excepto la muerte.

Van Heusen accionó de nuevo los mandos del brazo derecho y de nuevo el rayo entró en funciones.

A medida que la corriente penetraba a través de los poros de

Tachka, éste sentía fortalecerse.

Al terminar la sección, parecía más fuerte, más vigoroso.

—¿Cómo has conseguido que no sospechen ante ese derroche de energía?

Van Heusen sonrió.

—La corriente que genera este aparato es producida por un reactor atómico que he construido yo mismo. Nada tiene que ver con la red principal.

—Bien, Molock. No comparto tus ideas, pero te doy las gracias por haberme ayudado.

—Nadie te conoce, excepto Luisa…

—¿Luisa?

—La mujer que te has llevado al huir.

—¡Ah! Sí… Parecía una buena chica.

—Eres un sentimental. Debiste acabar con ella.

—Oh, no. Sólo la utilicé como posible rehén…

—Supongo no le has hablado de mí.

—Claro que no.

—Sin embargo, ahora es la única que puede reconocerte. Si no fuera por eso podrías marcharte tranquilamente…

—¿Y por qué no puedo hacerlo ahora?

—Si te ve, te denunciará.

—Tendré cuidado.

—Está bien. Ve a la estación espacial y toma el primer vuelo para la Tierra. ¿Tienes monedas de oro?

—¿De dónde quieres que las saque?

—Te daré para el pasaje.

Tachka salió sigilosamente por la puerta trasera y poco después se hallaba en plena calle.

Para no llamar la atención a las patrullas que sobrevolaban la ciudad en helicóptero, entró en una casa y tomó el primer coche que vio.

Bajó de él en las afueras y entonces se dirigió a pie hacia los refugios antiatómicos. Allí pasaría la noche hasta que, llegado el nuevo día pudiera ir a comprar su pasaje para dirigirse al planeta Tierra.

* * *

Por la mañana el general Layton recibió los informes pedidos.

Desde «Tierra» y a través de una pantalla repetidora pudo comprobar los datos de sus colaboradores, poniendo especial interés en la ficha del profesor Jaan Van Heusen.

Era en verdad un informe inmejorable. Van Heusen era hombre cargado de laureles y considerado como una inteligencia superdotada.

A través de la pantalla podía verse la foto del profesor.

Tal vez Tachka hubiese sonreído al comprobar que aquella foto era idéntica a Van Heusen, pese a que no se trataba del auténtico.

¿Cómo había conseguido un impostor tal parecido, que no había ojo humano capaz de descubrir la sustitución?

Eso era algo que sólo el falso Van Heusen sabía.

El general cerró la pantalla. No había más que ver. Nada indicaba que aquel hombre pudiera ser el responsable de lo que estaba ocurriendo.

Meditó unos instantes, antes de ser interrumpido por el ordenanza que le indicó la llegada del comandante Rick.

—Que pase.

Rick entró en la estancia.

El general informó seguidamente de cuanto había comprobado.

—Parece que nos hemos equivocado de hombre.

—Particularmente me alegraría, señor —sonrió Rick—. No es agradable pensar que nuestro máximo cerebro pueda ser un asesino.

—De todos modos he ordenado una investigación —remarcó Layton.

—¿Aquí? —inquirió el piloto.

—Sí. Dos hombres de «Tierra» han sido enviados. Irán a casa del profesor para hacer un reportaje. Ésa será la excusa.

—¿Qué espera descubrir?

—No lo sé. Pero es necesario, para nuestra propia seguridad, investigar sobre el terreno. En su propio laboratorio.

—Si Van Heusen ocultara algo no mostraría ese laboratorio.

—Los hombres que vendrán son expertos y buenos observadores. Cualquier anomalía será tenida en cuenta.

—De cualquier modo, Van Heusen es inteligente. Si sospecha...

—Por eso, no he mandado a nadie del satélite. Así todo parecerá más lógico.

—Bien, general. ¿Qué hay del próximo vuelo?
—inquirió Rick variando el tono de la conversación.

—Dadas las circunstancias, es mejor esperar el informe de esos hombres de que le he hablado. No quiero arriesgar vidas.

—Señor… —empezó Rick—. Yo no tengo miedo. Estoy dispuesto a volar cuando sea preciso.

—Lo sé, Rick, pero no vale la pena correr riesgos. Es posible que esta misma tarde sepamos algo.

* * *

Radeck, de ascendencia rusa y Morly, un sudamericano, ambos adscritos a los servicios especiales de investigación del proyecto B.E.D.E, se habían presentado en el domicilio particular de Van Heusen como reporteros de una cadena de televisión del planeta Tierra.

El profesor les atendió con su proverbial amabilidad.

Los dos hombres consiguieron que Van Heusen les introdujese en el laboratorio.

—Aquí hago mis experimentos preliminares antes de pasarlos al campo oficial —explicó.

Las retortas con líquidos humeantes. Las probetas con mezclas variadas, los dosificadores electrónicos, todo era sometido a un discreto, pero minucioso examen por parte de los investigadores.

Nada parecía anormal.

—¿Esto qué es? —preguntó Radek indicando uno de los preparados.

—Fórmulas, pruebas. No les dirían nada en concreto —sonrió Van Heusen.

Morly pasó ante la lámina metálica tras la cual se hallaba el complejo mecanismo que servía para alimentar eléctricamente al profesor. Ninguna ranura visible indicaba que allí existiese puerta alguna.

La visita de los «investigadores» tocó a su fin.

—Perdone las molestias, profesor.

—Bueno. Estoy acostumbrado a que me hagan preguntas.

—Si necesitamos alguna otra información… —aventuró Morly.

—Ésta es su casa, señores.

Van Heusen se había comportado con toda naturalidad.

* * *

—Nada sospechoso —exclamó el coronel.

El doctor Lara parecía abstraído en sus pensamientos. A su lado, Luisa miraba a ambos hombres.

—Si pudieran detener a Tachka... —dijo la mujer.

El general asintió.

—Conseguiremos hacerle hablar, pero... ¿Quién conoce a Tachka?

—Yo, general.

—Es la única que podría reconocerle, cierto.

Lara intervino:

—Si ese hombre, como parece, se alimenta eléctricamente y durante el tiempo que duró la congelación no ha necesitado proveerse de combustible no hay duda de que ha recibido la ayuda de ese amigo suyo de que habló Luisa.

Pero ¿quién es ese amigo? Si fuera el profesor lo sabríamos; su casa sigue vigilada.

Luisa volvió a intervenir:

—Pero Van Heusen puede recibir cualquier visita...

—Quiere decir que... —El general comprendió.

Luisa ratificó lo que había empezado a decir.

—General. Sólo yo puedo identificar a ese hombre... Si consiguiera introducirme en su casa con algún pretexto oficial...

—No sé... —murmuró Layton.

Lara terció de nuevo: .

—Supongamos que nuestro hombre sea Van Heusen, ateniéndonos que el sujeto que fue atropellado y que posteriormente desapareció del hospital solicitó de sus servicios para restablecerse.

Hizo una pausa y siguió, meditando las palabras:

—Eso significaría que el profesor dispone de «algo especial» para curar una herida. Algo ajeno a lo habitual y desde luego relacionado con la electricidad. Algo que tiene que llevar consigo.

—¿Qué puede ser?

—Lo que pueda ser lo ignoro; pero forzosamente tiene que «alimentarlo».

—¿Alimentarlo eléctricamente? —preguntó Layton.

Lara asintió.

—Hemos comprobado la energía que consume el profesor. Es

completamente normal.

—Eso no probaría nada. Puede tener una central independiente.

—Los investigadores —replicó Layton —no han visto nada sospechoso.

—¿Y están seguros de que han mirado por toda la casa?

—Son expertos…

Volvió a hacerse el silencio.

Ninguno de los tres se percató de la diminuta y casi imperceptible célula que se movía sobre el laminado del piso.

Su tamaño era prácticamente microscópico y sin embargo, parecía tener vida propia. ¡La tenía!

A través de ella y desde su laboratorio particular, Van Heusen podía «ver» y «oír».

El medallón que colgaba de su cuello, convertido en pantalla televisora, estaba reproduciendo aquella conversación.

Van Heusen estaba al corriente de las sospechas que recaían sobre él.

CAPÍTULO XIII

—No quiero que expongas tu vida, Luisa —declaró Rick.

Luisa, sentada al otro lado de la mesa del comedor, sonrió.

—Rick, Lara estará todo el tiempo conmigo.

—Si Van Heusen resultara un criminal, no vacilaría en seguir matando; con mayor motivo, si se Viera descubierto.

—Pero, querido, Van Heusen ni siquiera sospechará. Todo está arreglado de modo que el doctor Lara y yo como ayudante suya trabajemos en su casa para estudiar conjuntamente un nuevo virus.

—Hummm. No sé... —vaciló Rick.

—Será sólo una semana. Es el tiempo que el doctor considera límite.

—¿Límite para qué?

—Para Tachka. Si éste recibe ayuda del profesor, durante este tiempo tendrá que acudir forzosamente a su casa. ¿Comprendes?

—¿Para que le alimente eléctricamente?

—Exacto. No podría permanecer más tiempo. Moriría. Yo soy la única que puede identificarle.

—Esto es lo más peligroso, Luisa. Creo que hay otro medio.

—¿Cuál?

—Un vuelo. Van Heusen o quien sea el responsable de lo que ocurra seguirá intentando sabotear las astronaves.

—¿Qué pretendes?

—Voy a hablar con el general, ahora mismo.

Tenderemos un cebo a nuestro hombre...

* * *

—Es demasiado arriesgado, Rick —exclamó Layton.

El piloto insistió:

—Déjeme volar, señor. Y deje que sea Van Heusen quien controle. No le pierda de vista.

Layton vaciló.

—¿Y si no fuera Van Heusen?

—Tengo que correr el riesgo. Sin hacer la prueba jamás lo sabríamos.

—Supongamos que le dejo. No tengo la menor garantía de poder hacer nada por usted…, si algo falla.

—Pero tendrá una gran posibilidad de descubrir al asesino, de desenmascararle.

—Está bien, Rick. Informaré de ese vuelo. Lo dispondremos todo esta misma noche. Y que la suerte nos acompañe.

* * *

El bólido interplanetario estaba dispuesto. Los pasajeros con dirección al planeta Tierra ascendían por la rampa que conducía al interior del vehículo espacial.

Tachka había conseguido su pasaje y era uno más en la cola que caminaba hacia la rampa para ocupar su puesto.

En los hangares de las astronaves destinadas a los vuelos experimentales de la B.E.D.E. Van Heusen, Layton, Lara, Luisa y el propio Rick verificaban el perfecto estado de la nave, en especial de los estabilizadores y cohetes de propulsión.

—Todo está en orden —dijo Rick.

—Que sellen el hangar —ordenó el general.

Salieron todos del interior y por control remoto se cerraron las puertas laminadas.

Uno de los técnicos se acercó a Layton.

—El cable electrónico para el sellado está preparado.

—Pónganlo en funcionamiento —ordenó.

En seguida un cable del grosor de diez centímetros de diámetro fue conectado a uno de los bordes apenas perceptibles de la puerta.

—El otro extremo está conectado al detector. Si alguien intentara entrar comunicaría inmediatamente con los sistemas de control y el mecanismo de alarma entraría en funcionamiento.

Van Heusen sonrió.

—Jamás se habían tomado tantas medidas de seguridad.

Para sus adentros pensaba que todo aquello era inútil.

Y tenía razones para pensarlo.

En el interior del hangar, algo diminuto, apenas perceptible, se movía bajo la panza de la astronave.

Era del tamaño de una pulga, tal vez menos. Su color metalizado contribuía a hacerle invisible por ser el mismo que el piso del hangar.

Van Heusen sólo tenía que accionar su control remoto para que aquella minúscula célula manipulara en los cohetes propulsores de emergencia y los dejara listos y a punto de estallar, al ser presionada la palanca de mando.

Rick era ya hombre muerto…

* * *

Tachka ascendía la rampa para introducirse en el vehículo que debía conducirle a la Tierra.

Un helicóptero aterrizó en aquellos instantes.

A lo lejos, al otro lado de la alambrada protectora, los que habían salido del hangar caminaban hacia el edificio principal.

El piloto del helicóptero descendió y llamó a voces a Rick.

Era un viejo amigo.

—Disculpen —dijo Rick.

Dejó a los otros para ir a saludar al piloto.

—Es Vernon, ¿verdad? —preguntó Luisa.

—Sí. Desde que salimos de la Tierra no había vuelto a verle.

—Yo también quiero saludarle.

Se reunieron cerca del helicóptero.

La astronave con destino a la Tierra estaba cerca.

A través del cristal podían verse los pasajeros y entre ellos a Tachka.

Luisa, sin embargo, estaba pendiente de Ver— non, el piloto del helicóptero.

—¿Cómo están las cosas por allá abajo?

—Como siempre.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Rick.

—Esta mañana. Estoy destinado a la escuela técnica. Quería haceros una visita pero he tenido un día muy ocupado.

La astronave de la Tierra iba a ponerse en marcha.

Luisa seguía sin darse cuenta de la presencia de Tachka.

—Bueno, vente ahora a nuestra casa —invitó Rick—. Charlaremos.

—No he terminado mi trabajo todavía.

Fue el piloto quien se volvió hacia la astronave.

—¡Mira! ¡«El Media Luna I»! Deberían darle el retiro. Fue el primero de esos chismes. Está ya viejo.

—Es el que hace los vuelos regulares —sonrió Luisa.

Fue entonces cuando lo miró distraídamente.

—Va a despegar.

—¡No! —exclamó Luisa.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rick.

Luisa acababa de ver a Tachka. ¡Le había descubierto!

—¡Que no emprenda el vuelo! —gritó.

* * *

El aviso había llegado en el último segundo. «Media Luna I» no despegó.

El general, junto con Van Heusen y Lara, esperaban sobre el mismo campo de despegue.

—¡Bien! —exclamó Layton, después de que Luisa le hubiese informado brevemente—. Tachka nos conducirá hacia el hombre que buscamos.

La guardia del campo estaba preparada para prender al hombre. Dos agentes habían subido al aparato para obligarle a bajar empuñando sus metralletas atómicas.

Lara con el rabillo del ojo observaba a Van Heusen, pero éste se mostraba tranquilo, impasible.

Tachka fue desembarcado.

Los agentes le custodiaban hacia el grupo.

—Estoy segura. Es él —reafirmó Luisa.

Tachka miró un momento a la muchacha y sonrió con cierta tristeza.

Van Heusen estaba mirando a Tachka. Sus ojos parecían normales; por lo menos Lara no creyó ver nada sospechoso en ellos; sin embargo, un poder extraño, invisible estaba actuando.

Tachka ahogó un gemido y cayó a los pies de los agentes.

—Llévenlo dentro —ordenó el general —. El doctor Lara le examinará.

* * *

—Tiene el corazón muy débil.

Tras el examen superficial de Lara, el general preguntó:

—¿A qué cree que puede ser debido?

—La apariencia es la de un desmayo. Habría que esperar a que reaccione.

—¿No puede darle algún estimulante?

Lara se volvió hacia Van Heusen.

—¿Usted qué opina, profesor?

—Él asunto entra de lleno en sn terreno.

Lara asintió.

—Yo creo que un estimulante podría serle fatal. Un sujeto de esa clase no reacciona ante un estimulante habitual. Antes al contrario, puede morir.

—Nos interesa conservarle vivo —replicó el general.

—Tardará algún tiempo.

—Esperaremos.

La habitación, sobre la que Tachka había quedado tendido en una especie de sofá, fue cerrada.

No existía salida alguna, pero para mayor seguridad en su interior quedaron dos hombres vigilando para informar, cuando el enfermo despertara.

Fuera, otros dos hombres custodiaban la puerta.

El general y los demás decidieron esperar en la sala de juntas.

—Pueden irse si lo desean; todos excepto el doctor.

Van Heusen fue el primero en aceptar la sugerencia.

—Yo quisiera quedarme —replicó Luisa.

—Y yo —afirmó Rick.

—Usted tiene que descansar. Piense en el vuelo de mañana.

Van Heusen se volvió desde la puerta.

—Les espero a primera hora para empezar nuestro trabajo. ¿Cuándo es el vuelo?

—A mediodía, como de costumbre —informó el general.

—Buenas noches, señores.

El general cambió una mirada con Rick. Éste pareció comprender y en seguida dijo:

—Espere, profesor. Podemos ir juntos. Luisa se queda y necesitará el auto. ¿Puede acompañarme, señor?

—Claro, Rick. Con mucho gusto.

Sí. Aquélla era la mejor manera de vigilar al profesor. Yendo con él.

Rick besó a su mujer y salió con Van Heusen.

Cruzaron el pasillo central y pasaron por delante de la puerta de la habitación donde estaba encerrado Tachka. A poca distancia había el departamento de servicios.

—Un segundo, Rick.

—Sí, claro.

El profesor entró en los lavabos.

Su estancia no se prolongó en absoluto más de lo normal. Sin embargo, Van Heusen actuó de prisa.

Una vez solo, toda su potencia constructora se manifestó en aquellos ojos profundos y relucientes.

Un rayo luminoso, punzante, incisivo, taladró el metal de la pared cruzando el cuarto que existía entre los lavabos y la habitación de Tachka.

Los diminutos agujeros, apenas perceptibles, practicados por el rayo mortífero, convergían en la misma línea.

En la habitación de Tachka, los dos guardianes se levantaron con los ojos desorbitados.

El rayo les alcanzó sistemáticamente dejándoles carbonizados. Luego, perfectamente dirigido el mismo rayo, buscó el cuerpo de Tachka.

Mentalmente el profesor se decía:

«Nunca podrán hacerle hablar, ni siquiera permitiré que le hagan la autopsia. Lara jamás podrá probar su teoría...»

Cuando el rayo se apagó, el cuerpo de Tachka había desaparecido.

CAPÍTULO XIV

El general se mesaba los pelos.

—En nuestras propias narices. Es incomprensible.

Uno de los guardianes del exterior aseguró una vez más:

—Nadie ha entrado, señor, ni salido de la habitación.

A través del telecomunicador, Layton se puso en contacto con Rick.

Éste aseguró:

—En efecto, general. El profesor no se ha separado de mi lado.

El hecho de haber permanecido unos tres minutos en el lavabo no podía tomarse en consideración. Aparte, naturalmente, de que entre ese departamento y la habitación de Kachka mediaba otra sala, vacía, pero cerrada.

¿Cómo llegar a imaginar la verdad?

A la mañana siguiente, Lara y Luisa se instalaron en el laboratorio de Van Heusen, conforme al plan establecido.

Todo fue normal.

—Doctor —dijo en un momento que Van Heusen les había dejado solos —. Dentro de dos horas mi marido emprenderá el vuelo. Estoy intranquila.

—No tema. El profesor estará bien vigilado.

—Lo sé, pero... pienso que alguien debería quedarse aquí, mientras Van Heusen controla.

—Hummm. Yo tengo que estar allí, Luisa.

—Lo sé, doctor. Usted y el general son las personas en las que más confío. Yo poco podría hacer. Por eso pensaba...

Lara comprendió.

—¿En quedarse?

—Sí. Arregle las cosas para que parezca totalmente normal.

—Aquí no hay nada, Luisa.

—No. A simple vista, no. Pero... tenemos que estar seguros.

La llegada del profesor cortó el diálogo.

Para él no existía el menor secreto. En realidad, no había hecho otra cosa que darles una oportunidad.

A través de su medallón lo había visto y oído todo.

* * *

—Bien, señores —dijo Van Heusen —. Rick debe de estar preparándose. Continuaré luego. Ahora vamos a controlar su vuelo.

—Quisiera terminar con ese estudio. Luisa, puede quedarse.

—¿No quiere ver el vuelo de su marido? —sonrió el profesor.

—Si el doctor cree...

—Oh, puede esperar... Además, no lo tomen a mal, pero sería faltar a mis propias normas.

—¿Qué normas, doctor? —preguntó Luisa.

—En el laboratorio particular nunca he dejado trabajar a nadie. Es cuestión, digamos, de sistema.

Forzar era peligroso.

—Está bien, profesor.

Subieron a la planta, dispuestos a salir.

—Disculpen —pidió Van Heusen—. En seguida estoy con ustedes.

Volvió a descender.

Lara y Luisa cambiaron una mirada.

—No quiere que nadie se quede a solas —murmuró ella.

—En cierto modo es natural —respondió Lara.

Tras un breve silencio, Luisa inquirió:

—¿Qué debe de estar haciendo?

Lara no encontró la respuesta y ella se acercó a la puerta y trató de abrirla.

No pudo.

—Está cerrada.

* * *

Van Heusen estaba sentado en la silla eléctrica, recibiendo una dosis de energía.

.Necesitaba reponer fuerzas, cada vez que hacía un desgaste extraordinario.

* * *

Cristian, el criado, cruzó la sala.

—¿Tiene otra entrada el laboratorio del profesor? —preguntó Luisa.

—No, señora. Ésa es la única.

—Perdone mi curiosidad; pero como hemos de trabajar aquí durante unos días...

Lara intervino:

—Tendrá alguna salida de emergencia.

Lo dijo en tono indiferente, como si estuviera convencido.

Cristián volvió a negar.

—No. No la tiene. Al menos que yo sepa. Posiblemente antes la tenía, pero el profesor debió de creerla innecesaria.

—¡Ah! ¿Y dónde estaba?

—No lo sé.

—Entonces...

—Bueno. Es una suposición mía. Una vez bajé creyendo que el profesor estaba trabajando y no había nadie y, sin embargo, poco después salió de ahí. Pero, desde luego, ahora no hay ninguna.

Cristián siguió con su trabajo.

Lara comentó:

—¿No es extraño que un laboratorio no tenga salida de emergencia?

—Ha de tenerla, pero sólo él debe de conocerla.

—Aquella vez que seguí a Tachka, se metió en la calle lateral. Allí le perdí.

Lara pensó unos instantes.

—Esa calle queda al otro lado de la pared del fondo del laboratorio.

—Sí —asintió Lara—. La casa es bastante grande. Comienza en la esquina y...

Se interrumpió.

De pronto había tenido una idea.

—¡Empieza en la esquina!

—¿Qué quiere decir?—¡Doctor! ¿Recuerda exactamente el emplazamiento del laboratorio?

—Pues, sí.

—Más o menos —siguió ella—, empieza donde estamos nosotros y sigue hacia aquella parte. —Señaló hacia el lado contrario a la puerta de entrada.

—Eso es —asintió Lara.

Luisa señaló la dirección opuesta.

—Entonces, desde aquí mismo, hacia allí… no hay nada.

Lara también pensó en lo mismo.

—¡Un departamento secreto!

—¡Doctor, es necesario que me quede!

—Ya ha oído a Van Heusen. No podemos forzarle.

—Tengo que volver con alguna excusa.

—El criado…

—No importa, doctor, me las arreglaré.

—Sería peligroso, Luisa.

—Rick también va a correr un gran peligro, doctor.

Van Heusen apareció en aquellos momentos.

—Disculpen. Necesitaba anotar unas fórmulas antes de que se me olvidaran. Podemos irnos.

CAPÍTULO XV

—Todo dispuesto para el despegue —informó Rick dentro de la astronave.

Van Heusen, atento a la pantalla, controló el tiempo.

Layton y Lara no perdían de vista ninguno de los movimientos del profesor.

El cable del sellado, que comunicaba con el control de alarma, fue encontrado intacto. Nada indicaba que el aparato pudiera haber sido saboteado.

Sin embargo, así era.

Rick viajaba acompañado de la muerte. Los cohetes propulsores representaban cientos de megatones en potencia que estallarían al ser accionados.

Pero Van Heusen necesitaba también de sus ojos...

—«Cero» —marcó el contador y fue repetido por Layton.

La astronave despegó con normalidad.

Rick estaba metido de lleno en un paréntesis mortal.

* * *

El capitán Sutton miró un momento a Luisa y sacudió la cabeza.

—¿Necesita usted un control remoto?

—Eso he dicho, capitán. Y dese prisa.

—Eso pertenece a suministros y se necesita un permiso del general Layton.

—Capitán, si en alguno existe una puerta secreta y es necesario abrirla, sólo puedo conseguirla con un control remoto especial.

—Precisamente por eso, Luisa. Esto está lleno de puertas secretas. Dejarían de serlo y si todo el mundo poseyera un control para abrirlas. Bastaría con seguir el edificio y probar a cada palmo de terreno.

—Capitán Sutton. Sospecho que en el laboratorio de Van Heusen hay un departamento secreto. Eso no lo tuvieron en cuenta los investigadores...

—Un momento... Si fuera como usted dice... ¡Espere! Tengo que hablar con el general.

—No hay tiempo. Piense en que mi marido puede estar corriendo un grave peligro.

Sutton dudó...

Luisa insistía:

—Por favor, capitán. Consiga ese control. Cada minuto cuenta, ¡cada segundo!

* * *

La astronave seguía su vuelo. Rick informaba de la absoluta normalidad.

—Objetivo previsto dentro de dos minutos.

—¿Observa la masa volcánica? —preguntó Van Heusen.

—Sí, profesor. Con el teleobjetivo. Parece que ha crecido un poco, pero lo veremos por las fotos. Las tomaré a la misma distancia. Voy a conectar los puntos de precisión.

Lara seguía dedicando su atención a Van Heusen.

El general también estaba pendiente de cualquier movimiento.

De hecho, ambos suponían que era prácticamente imposible hacer nada desde allí. En todo caso sólo podían imaginar algún posible mecanismo secreto, cualquier cosa, excepto que el poder oculto del profesor emanase de sus ojos.

Rick anunció haber alcanzado el punto previsto.

—Comienzo la toma de fotografías. Todo funciona normalmente.

—Tiene que funcionar —se repetía el general.

* * *

Lara iba en el coche, al lado de Sutton.

—Estamos haciendo algo sin autorización —decía el capitán.

—No se preocupe por esto.

—Si no encontramos nada, Van Heusen pedirá explicaciones.

—La responsable soy yo.

—Pero como jefe del servicio de seguridad debería impedírselo. La responsabilidad es para mí—

Luisa no escuchaba. Lo único importante para ella era llegar hasta el fondo de la cuestión.

—Hemos llegado, capitán.

Saltó rápidamente del coche y corrió hacía la puerta. Sutton la

seguía.

Cristián abrió.

—Olvidé algo en el laboratorio. Y es importante.

—Lo siento, pero el profesor no quiere que…

—No se preocupe, Cristián —replicó ella—Esto es urgente.

—Bueno. No creo que puedan entrar. El profesor cierra siempre. Y aquí no hay llave ni control para abrir.

—Nosotros tenemos uno. No es problema,

—Pero...

Luisa ya se había introducido en la casa, Sutton la seguía.

—Vamos, capitán. Use el control.

El oficial dudó.

Cristián se lamentaba:

—Esto no es correcto.

—No. No lo es —replicó Sutton, pero ya accionaba el control.

La puerta seguía cerrada.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Es de doble efecto. No contaba con esto —replicó Sutton.

—¿Qué haremos ahora?

Cristián intervino:

—¿Por qué no esperan al profesor?

—¿Qué clase de control usa?

—No lo sé. Abre y cierra siempre utilizando el medallón que lleve consigo.

—¿Un medallón?

—Sí. Alrededor del cuello.

—Es necesario entrar, capitán. Piense algo. Los minutos pasan.

* * *

—Misión cumplida —dijo Rick desde la astronave.

—Puede regresar —dijo el general —. Transmítaselo, profesor.

Van Heusen cumplió la orden.

Sus ojos acentuaron su brillo característico.

A través de la pantalla, Rick comenzó a notar su influjo.

Accionó el estabilizador y...

No funcionaba.

Le estaba ocurriendo lo mismo que a sus antecesores.

Rick informó:

—Compruebe los demás mandos —ordenaba Van Heusen.

Lara cambió una mirada con Layton.

Rick informaba:

—Nada funciona. Estamos en el mismo sitio. Ocurre exactamente igual que ocurrió con Regan y con Gay.

—Pensemos con calma —recomendó el general.

—No tenemos mucho tiempo —recordó Van Heusen.

Lara asintió:

—Irá perdiendo altura y si no controla el aparato quedará flotando.

—Algo ocurre cuando el aparato se para. Esta vez estamos seguros de que nadie ha entrado en el hangar. Sin embargo, ya ven los resultados.

—Hay que llegar hasta el final —siguió Van Heusen.

—¿Qué quiere decir, profesor?

—Que Rick tiene que arriesgarse a accionar la palanca de los propulsores.

—No —replicó tajante el general.

—Es la única forma de poder regresar.

—¡O de no regresar jamás, profesor!

—En este caso, decida usted lo que hay que hacer.

Y el profesor seguía con la mirada atenta a la pantalla donde aparecía el rostro de Rick.

—General —dijo el piloto —. Voy a utilizar los cohetes.

—¡No! Espere.

—Tengo que hacerlo, general. He de llegar hasta el final.

* * *

—Es necesario entrar —había exclamado Luisa impaciente.

Sutton pensó unos instantes. Al fin, replicó:

—Tal vez haya un sistema.

Se dirigió hacia la salida. Estuvo ausente durante unos dos minutos y volvió a entrar precipitadamente. En las manos llevaba un aparato del tamaño de una batería de coche.

Sutton explicó:

—Es la batería del piloto automático del coche.

Pegada por contacto en el *capot,* era sumamente fácil sacarla, ya que no había más que tirar de ella para despegarla de los

electroimanes.

—¿Cree que podrá?

—Conectando el control se consigue la doble acción.

Sutton empleó otros dos minutos para desenroscar el tapón que protegía el cable blindado.

Rompió el blindaje y unió el cable con el del control.

—Vamos a probar.

Accionó el botón y aquella vez la puerta cedió.

Luisa se precipitó al interior.

Cristián se quedó un momento indeciso y en seguida optó por dirigirse hacia el telecomunicador.

* * *

—¡Espere! —gritó el general—. Espere, Rick. No podemos correr riesgos.

Rick replicó:

—Sólo dispongo de cinco minutos, señor. No quiero quedarme flotando. Cuando propuse ese vuelo acepté todos los riesgos... No sé lo que está pasando, pero... juraría que...

Van Heusen intervino:

—¿Ha descubierto algo, Rick?

—No estoy seguro, pero esos mandos... Parece como si alguien los retuviera... No sabría cómo explicarlo.

Tal vez el poder invisible radicado en los ojos de Van Heusen estaba obligando a Rick... Sí. Le estaba obligando a un poder que ninguno de los mandos llegara a su posición normal.

Rick, o cualquier persona dominada por su influjo, creía realmente maniobrar los mandos del modo usual, pero no era así.

Allí estaba el secreto. Un secreto que Rick intuía, pero no acertaba a coordinar.

En los aparatos de precisión las piezas tienen que unirse hasta el final. Hasta un milímetro, medio milímetro tal vez, para que no ejerzan la función para que han sido creadas y ese medio milímetro era lo que Van Heusen conseguía retener. No sobre el aparato, sino sobre la voluntad del piloto.

Rick no oía ninguna voz que le ordenase: «No aprietes hasta el final».

Sin embargo, sin darse cuenta, su mano carecía de la fuerza para

ejecutar normalmente la maniobra.

—Sí —repetía desde la astronave —. Es como si algo se encallara.

Lara llamó la atención del profesor.

—¿Qué cree que puede ser?

Van Heusen se encogió de hombros y replicó, sin mirarle, ya que no podía retirar su mirada de la pantalla.

—Si lo supiéramos se habrían acabado las dificultades, ¿verdad?

De súbito el propio Lara exclamó:

—Déjeme a mí, profesor.

—¿Qué quier decir?

Rick tenía la mano en la palanca de los propulsores.

—Déjeme sentarme a mí.

—¡Rick! —exclamó el doctor—. ¡Espere!

Van Heusen se levantó de mala gana.

En aquellos momentos, uno de los ayudantes llamó al profesor.

—Le llaman de su casa.

—Ahora no puedo —replicó.

—Bien, señor...

—¡Espere! ¿Es Cristián?

—Su criado, profesor. Dice que es muy urgente.

—Que le diga de qué se trata.

Lara, sentado frente a la pantalla, hablaba con Rick:

—¿Se encuentra perfectamente, Rick?

—Sí, doctor.

—Ningún dolor de cabeza. Ninguna pesadez...

—No.

—Acérquese a la pantalla.

Rick obedeció.

Layton no comprendía nada, pero seguía atento.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó el profesor.

—Hay que agotar todas las posibilidades —replicó Lara.

Rick dijo:

—Tengo exactamente un minuto y debo aprovecharlo.

—Está bien, Rick. Pero, antes de accionar los cohetes, intente otra vez salir por el procedimiento normal.

—Está bien.

Rick probó.

¡Aquella vez el mecanismo funcionó!

—¡Es inconcebible!

Lara lanzó un suspiro.

—Quizá no tanto como cree.

Se volvió hacia Van Heusen. El general también le miraba intensamente.

En aquel momento reapareció el ayudante.

—Profesor. Su criado dice que el capitán Sutton y la ayudante del doctor Lara han entrado en su laboratorio.

—¿Eeeh? Pero… ¿Con qué permiso?

CAPÍTULO XVI

El profesor saltó hacia su coche. Comprendió que las cosas se complicaban.

Mientras su coche partía veloz, a través del medallón, podía observar los movimientos de Luisa y el capitán.

Estaban accionando el control, probando en todos los rincones de la pared y se acercaban peligrosamente a la puerta secreta.

A la velocidad que llevaba el coche, el profesor comprobó que en tres minutos llegarían a su casa.

No apartaba la mirada de aquel extraño televisor.

Sutton conectaba el control justo en la lámina de entrada.

¡Y la puerta cedió!

Luisa abrió los ojos más de lo normal.

—¡Lo hemos encontrado!

—¿Qué es esto?

—No lo sé...

—Entraron.

—Computadores, válvulas, controles —examinaba el capitán—. Esto parece un generador.

—Lo es —exclamó Luisa —. Hay que informar inmediatamente. Van Heusen se nutre desde aquí.

—Esto es monstruoso.

El profesor había llegado. Su coche entró en el vestíbulo, mientras él accionaba el medallón para abrir la puerta.

Sutton y Luisa habían salido. El capitán iba delante y se disponía a subir la escalera para dirigirse al telecomunicador.

Van Heusen le cortó el paso.

—No informarán a nadie.

El oficial buscó con rapidez su pistola, pero los ojos de Van Heusen habían entrado en acción.

El rayo mortífero lo electrocutó.

Luisa miraba aterrorizada la escena, mientras retrocedía.

Van Heusen avanzaba hacia ella.

—¡Pobre Luisa! Es una lástima que se haya mezclado en esto, pero sabe demasiado.

—No... No —exclama ella retrocediendo.

* * *

—¿Qué es lo que sucede? —preguntaba Rick.

En la torre de control era uno de los ayudantes quien manejaba la pantalla.

—El general y el doctor se han marchado precipitadamente —informó el hombre.

—¿Y el profesor?

—No lo sé. Pero ocurre algo extraño.

—¿Está mi esposa por ahí?

—Está en casa del profesor.

—¡Cielos! Dígame qué es lo que está pasando.

Rick había comenzado a adivinar el desenlace. De una forma u otra Van Heusen debía de haberse traicionado a sí mismo y ella —su esposa —estaba en peligro.

—¡Y yo aquí! Todavía tardaré cinco minutos en llegar.

La velocidad supersónica de la astronave era todavía insuficiente para el piloto.

* * *

Luisa seguía retrocediendo.

Sus pies tropezaron con la pistola del capitán que había perdido en su caída.

Sabía que su vida estaba a merced de aquel hombre monstruoso.

Tenía que intentar ponerse a salvo, jugándolo todo a una carta.

Con movimiento ágil empujó la pistola con el pie e instintivamente se lanzó para recogerla.

El rayo mortífero de los ojos de Van Heusen taladró el suelo donde un instante antes pisaba Luisa.

Luisa había sujetado el arma. Accionaba la palanca, dirigiendo el chorro atómico a través de las patas del mostrador del laboratorio, buscando el cuerpo del profesor.

—No, Luisa. El fuego no puede hacerme nada. ¿No comprende? Soy indestructible.

Luisa corrió hacia el interior del cuarto del generador.

—¡Destruiré su central! No tendrá tiempo de construir una nueva. Acabarán con usted antes…

Van Heusen corrió ágilmente.

Su rayo mortífero volvió a funcionar. Luisa se había parapetado tras la silla. Pero faltó poco para ser alcanzada.

Van Heusen cruzaba ya la puerta.

Fue entonces cuando en lo alto de la escalera apareció Lara. Iba acompañado del general; detrás, los hombres del servicio de seguridad.

—¡Quietos! —ordenó el general.

—Todos moriréis… Nada podréis conmigo.

—No tendrá energía suficiente —replicó Lara.

—— Usted va a ser el primero, doctor…

Dos hombres entraron llevando consigo una especie de manga, o tuvo de conducción.

—Tome, doctor. Todo a punto.

—¡Conecten! —gritó Lara.

Instantáneamente un chorro de espuma blanca salió del tubo.

Iba a extraordinaria presión.

Lara rociaba el cuerpo de Van Heusen.

Éste, al ser alcanzado por el líquido, lanzó una exclamación de dolor.

Inmediatamente sus ojos comenzaron a despedir humo, un humo negro, pestilente.

Luisa asistía a la escena como paralizada.

El profesor, lentamente, iba retorciéndose. El chorro seguía alcanzándole el rostro.

Poco a poco se inclinó hacia delante. Hizo un último esfuerzo. Se revolvió hasta quedar inmóvil.

Con la espalda en el suelo. Sus ojos habían quedado inmóviles. Sin brillo.

El humo también desapareció.

—Sólo podíamos dominarle con nieve carbónica —comentó Lara.

Rick llegaba en aquel instante. Corría hacia su esposa. Ella también corrió, al verle.

Se abrazaron.

El general daba órdenes a sus hombres.

—Recarguen los depósitos de la nieve carbónica contra incendios Ya no necesitaremos más. ¿Verdad, doctor?

Lara negó.

—No, general. Van Heusen ha muerto.

Luisa se volvió para señalar el rostro del profesor.

—Miren. Parece como si el rostro se derritiera.

Todas las miradas se volvieron hacia Van Heusen.

En efecto, como si una capa metálica cubriera su rostro, iba derritiéndose cada vez más de prisa. En breves minutos, su faz había cambiado. Era otro hombre. Un desconocido para todos.

Lara se inclinó.

Tocó su rostro y exclamó:

—Ésa es su piel auténtica…

—Entonces… No era Van Heusen —comentó Rick.

—Era un impostor. Debió de matar al verdadero Van Heusen y a Chokof…

—Con ese poder en los ojos —replicó Lara —podía atomizar a un ser humano y convertirlo en nada…

Tras un breve silencio, agregó:

—Cuando Rick estaba en la astronave se me ocurrió por primera vez la posibilidad de la sugestión a distancia y me dio la razón al comprobar que los mandos del aparato volvían a funcionar sólo conque el que creíamos Van Heusen dejara de mirarle a través de la pantalla.

EPÍLOGO

Poco a poco, por deducción, se supo toda la verdad y el doctor Lara tuvo abundante tema de estudio.

Rick también tenía trabajo, ya que desde «Media Luna» se combatía para destruir eficazmente todas las zonas volcánicas espaciales a fin de proseguir con la investigación del cosmos. Una investigación que duraría siglos porque su inmensidad era inagotable.

En sus ratos libres, Luisa y Rick charlaban de sus cosas y cuidaban de su casa.

Él, de cuando en cuando, tenía que arreglar las válvulas del acumulador de Sol.

Ningún peligro acechaba; sabían que, tras el trabajo, disfrutaban del descanso como cualquier matrimonio.

Algunas veces leían libros editados en el remoto siglo XX y sonreían del atraso con que en aquellas fechas vivía la gente.

—¡Fíjate! —decía ella —. Consideraban una proeza viajar con un reactor que alcanzaba los dos mil kilómetros por hora. Y habla de los astronautas de entonces como si fuesen héroes.

Rick sonrió.

—Bueno... En aquella época sí debían de serlo, pero, mujer, ¿por qué lees esos libros viejos?

FIN